

**L A S T R E S
H E R M A N A S**

A . C H E J O V

Drama en cuatro actos

PERSONAJES:

ANDRÉI SERGUÉIEVICH PROZÓROV

NATALIA IVANOVNA, su novia, luego su mujer

IRINA

MASHA, hermanas de Prozórov

OLGA

FIODOR ILICH KULIGUIN, profesor de gimnasio, marido de Masha

ALEXANDR IGNÁTIEVICH VERSHININ, teniente coronel, jefe de batería

NIKOLAI LVOVICH TUSENBACH, barón: teniente

IVÁN ROMANOVICH CHEBUTIKIN, Médico militar

ALEXÉI PETROVICH FEDÓTIK, alférez

VLADIMIR KARLOVICH RODE, alférez

FERAPONT, viejo guarda de la Administración del zemstvo

ANFISA, aya, vieja de 80 años.

La acción se desarrolla en una capital de provincias.

ACTO PRIMERO

En casa de los Prozórov. Salón con columnas; tras las columnas, una gran sala. Mediodía; fuera brilla alegremente el sol. En la sala preparan la mesa para el almuerzo. OLGHA, vestida con el uniforme azul de las profesoras de los gimnasios femeninos, de pie y caminando, corrige cuadernos sin cesar; MASHA, vestida de negro, con el sombrero sobre las rodillas, está sentada leyendo un libro; IRINA, vestida de blanco, está de pie, absorta en sus pensamientos.

OLGA- Hace exactamente un año que murió nuestro padre, el cinco de mayo como hoy; el día de tu santo, Irina. Hacía mucho frío, nevaba. Me parecía que no iba a poder soportar tanto dolor, tú estabas desmayada, como muerta. Pero ha pasado un año y

ya recordamos aquel día con sosiego, tú vas vestida de blanco y tienes radiante la cara. (*El reloj da las doce.*) También entonces el reloj daba las horas. (*Pausa.*) Recuerdo que durante el entierro tocaba la música y en el cementerio dispararon unas salvas. Nuestro padre era general, mandaba una brigada; sin embargo, hubo poca gente. Verdad que aquel día llovía. Llovía mucho y nevaba.

IRINA- ¡Para qué recordarlo!

Detrás de las columnas, en la sala, aparecen cerca de
la mesa el barón de TUSENBACH,
CHEBUTIKIN y SOLIÓNI.

OLGA- Hoy no hace frío, se pueden tener las ventanas abiertas; pero los abedules aún no han despuntado. Nuestro padre recibió el mando de una brigada y partió de Moscú, con nosotras, hace once años; recuerdo perfectamente que a comienzos de mayo, es decir, en este tiempo, en Moscú ya no hace frío, todo florece y está bañado por el sol. Han pasado once años, pero yo recuerdo lo de allí, como si nos hubiéramos ido ayer. ¡Dios mío! Esta mañana, al despertarme, he visto mucho sol, he visto la pri-

mavera y me he sentido conmovida con enormes deseos de volver a mi lugar natal.

CHEBUTIKIN- ¡Y un demonio!

TUSENBACH- Naturalmente, es absurdo

Masha absorta, con el libro en la mano, silba suavemente una canción.

OLGA- No silbes, Masha. ¡Cómo se te ocurre!
(Pausa.) Como voy todos los días al gimnasio y luego doy lecciones hasta la noche, siempre me duele la cabeza y tengo unos pensamientos como si ya me hubiera vuelto vieja. La verdad es que, en estos cuatro años, desde que enseñé en el gimnasio, siento que cada día voy perdiendo, gota a gota, las fuerzas y la juventud. Y sólo crece y se hace más fuerte un sueño...

IRINA- Ir a Moscú. Vender la casa, liquidar todo lo de aquí y a Moscú...

OLGA- ¡Sí! A Moscú, cuanto antes.

Chebutikin y Tusenbach se ríen.

IRINA- Nuestro hermano, probablemente, será profesor y, de todos modos, no se quedará a vivir aquí. La única dificultad está en la pobre Masha.

OLGA- Masha vendrá a pasar todos los veranos a Moscú.

Masha silba suavemente una canción.

IRINA- Quiera Dios que todo se resuelva bien. (*Mirando por la ventana.*) Hoy hace buen tiempo. No sé por qué me siento el alma tan inundada de luz. Esta mañana me he acordado de que era mi santo y, de pronto, he experimentado una gran alegría; he recordado mi infancia, cuando aún vivía mamá. ¡Y qué pensamientos más maravillosos me han conmovido, qué pensamientos!

OLGA- Hoy estás radiante, pareces extraordinariamente hermosa. Masha también es hermosa. Andréi estaría bien, pero se ha puesto demasiado gordo y esto le desfavorece. En cambio, yo he envejecido, he adelgazado muchísimo, es probablemente porque en el gimnasio me enfado con las muchachas. Hoy estoy libre, me quedo en casa y no me duele la cabeza; me siento más joven que ayer. Tengo veintiocho años nada más... Todo está bien, todo de-

pende de la voluntad divina, pero me parece que si me casara y me quedara todo el día en casa, aún estaría mejor. *(Pausa.)* Yo amaría a mi marido.

TUSENBACH *(a Solióni)*- Dice usted tales tontearías que estoy harto ya de escucharle. *(Entrando en el salón.)* Se me había olvidado decirles una cosa: hoy las visitará nuestro nuevo jefe de batería, Vershinin. *(Se sienta al piano.)*

OLGA- Bueno, ¡encantada!

IRINA- ¿Es viejo?

TUSENBACH- No, no lo es, tendrá unos cuarenta o cuarenta y cinco años, no más. *(Toca el piano suavemente.)* Parece muy simpático. No tiene nada de tonto, esto es indudable. Sólo que habla mucho.

IRINA- ¿Es un hombre interesante?

TUSENBACH- Sí, bastante, sólo que tiene mujer, suegra y dos niños. Además, está casado en segundas nupcias. Cuando va de visita, siempre dice que está casado y que tiene dos niños. Aquí también lo dirá. Su mujer está un poco chiflada, lleva una larga trenza de adolescente, habla sólo con frases ampulosas, filosofa y a menudo atenta contra su vida, por lo visto para fastidiar al marido. Yo la habría plantado hace tiempo, pero él la aguanta y no hace más que lamentarse.

SOLIÓNI (*pasando de la sala al salón con Chebutikin*)-
Con una mano levanto sólo pud y medio, pero con
dos levanto cinco puds, hasta seis. De esto saco la
conclusión de que dos hombres no sólo son dos ve-
ces más fuertes que uno, sino tres veces y hasta
más...

CHEBUTIKIN (*lee un periódico caminando*)- Contra la
caída del cabello, cuatro adarmes de naftalina por
media botella de alcohol... disuélvase y úsese diaria-
mente... (*Anota en un cuadernito.*) ¡Anotémoslo! (*A
Solióni.*) Bueno, pues, lo que le decía: se tapa la bo-
tella con un tapón de corcho y a través del tapón se
hace pasar un tubito de cristal... Luego tome un pe-
lizco de alumbre del más corriente...

IRINA- ¡Iván Románich, querido Iván Románich!

CHEBUTIKIN- ¿Qué, hija mía, qué, mi encanto?

IRINA- Dígame, ¿por qué me siento tan feliz hoy?
Es como si estuviera en un velero y sobre mi cabe-
za, en el amplio cielo azul, volaran aves blancas. ¿A
qué se debe esto? ¿A qué se debe?

CHEBUTIKIN (*le besa las manos, tiernamente*)-Mi ave
blanca...

IRINA- Cuando hoy me he despertado, me he le-
vantado y me he lavado, de pronto, he tenido la im-
presión de que para mí todo está claro en este mun-

do y que sé cómo se ha de vivir. Querido Iván Románich, lo sé todo. El hombre debe esforzarse, ha de trabajar con sudor, quienquiera que sea; en esto y nada más que en esto se encuentran el sentido y el fin de la vida, la felicidad, el entusiasmo. Qué bien ser obrero, levantarse al rayar el alba y, picar piedra en la calle, o ser pastor, o maestro, que enseña a los niños, o

maquinista en una línea de ferrocarril... Dios mío, no es cuestión de ser criatura humana, mejor es ser buey, mejor es ser un simple caballo y trabajar, que ser una mujer joven y levantarse al mediodía, tomar luego el café en la cama, pasarse después dos horas vistiéndose... ¡Qué horror! Tengo tantas ganas de trabajar como sed se tiene a veces, cuando hace mucho calor. Y si no comienzo a levantarme temprano y a trabajar, retíreme su amistad, Iván Románich.

CHEBUTIKIN (*con ternura*)- La retiraré, la retiraré...

OLGA- Nuestro padre nos acostumbró a levantarnos a las siete. Ahora Irina se despierta a esa hora, pero se queda en la cama por lo menos hasta las nueve, pensando en no sé qué cosa. ¡Y pone cara seria! (*Se ríe.*)

IRINA- Estás acostumbrada a tomarme por una niña y se te hace raro verme con la cara seria. ¡Tengo veinte años!

TUSENBACH- ¡Oh, Dios mío, qué bien comprendo esa nostalgia por el trabajo! Yo no he trabajado ni una sola vez en mi vida. Nací en Petersburgo, ciudad fría y ociosa. Mi familia no supo nunca lo que es trabajar y tener preocupaciones. Recuerdo que cuando volvía a casa, de la escuela de cadetes, el lacayo me sacaba las botas y yo me hacía el caprichoso mientras mi madre se quedaba embobada mirándome y se sorprendía cuando alguien me miraba de otro modo. Procuraban evitarme todo trabajo. Sólo que difícilmente lo habrán logrado como creían, ¡difícilmente! Ha llegado la hora: una enorme mole avanza hacia nosotros, se está preparando una fuerte y saludable tempestad, ya está en marcha, ya se acerca, y pronto barrerá de nuestra sociedad la pereza, la indiferencia, la repugnancia por el trabajo, el podrido aburrimiento. Yo trabajaré, y dentro de unos veinticinco o treinta años, trabajarán todos los hombres. ¡Todos!

CHEBUTIKIN- Yo no trabajaré.

TUSENBACH- Usted no cuenta.

SOLIÓNI- Dentro de veinticinco años ya no será usted de este mundo, a Dios gracias. No pasarán dos o tres años sin que muera usted de un patatús. Y si no, en un pronto, le alojaré yo una bala en el cráneo, ángel mío. *(Saca del bolsillo un frasco de perfume y se perfuma pecho y manos.)*

CHEBUTIKIN *(se ríe)*- Pues la verdad es que yo no he hecho nunca nada. Desde que salí de la Universidad, no he dado golpe; no he leído un solo libro, me he limitado a los periódicos... *(Saca del bolsillo otro periódico.)* Miren... Estoy enterado por los periódicos de quién era, supongamos, Dobroliúbov, pero no me pregunten qué ha escrito. Esto Dios lo sabe... *(Se oyen unos golpes dados en el pavimento desde el piso inferior.)* Vaya... Me llaman abajo, alguien habrá venido a verme. Ahora vuelvo... esperen... *(Sale precipitadamente, peinándose la barba.)*

IRINA- Alguna cosa ha tramado.

TUSENBACH- Sí. Ha puesto cara solemne al salir; por lo visto le traerá ahora algún regalo.

IRINA- ¡Qué desagradable es esto!

OLGA- Sí, es atroz. Siempre hace tonterías.

MASHA- "Al borde de la ensenada, una encina verde; sobre la encina, una cadena de oro... Sobre la

encina, una cadena de oro ... ¹ (*Se levanta y se pone a cantar en voz baja.*)

OLGA- Hoy no estás contenta, Masha.

Masha canturreando se pone el sombrero.

¿Adónde vas?

MASHA- A casa.

IRINA- Es extraño...

TUSENBACH- ¡Marcharse de la fiesta onomástica!

MASHA- No importa... Vendré por la tarde. Adiós, encanto... (*Besa a Irina.*) Te deseo una vez más mucha salud y mucha felicidad. Antes, cuando vivía papá, a las fiestas de nuestros santos venían cada vez de treinta a cuarenta oficiales, había mucho bullicio; hoy sólo ha venido hombre y medio, y está todo tranquilo, como en el desierto... Me marchó... Hoy me ha pillado la melancolía, no me siento alegre, y tú no me hagas caso. (*Riendo entre lágrimas.*) Después hablaremos; por ahora adiós, querida, me voy.

IRINA (*descontenta*)- Tienes cada cosa. ..

OLGA (*con lágrimas en los ojos*)- Te comprendo, Masha.

¹ Del poema de A. Pushkin: *Ruslán y Liudmila*.

SOLIÓNI- Sí un hombre se pone a filosofar, tenemos filosofística o, si se quiere, sofística; pero si se pone a filosofar una mujer o si filosofan dos mujeres, lo que tenemos es una olla de grillos.

MASHA- ¿Qué quiere usted decir con esto, espantoso matasiete?

SOLIÓNI- Nada. "Sin darle tiempo a soltar un grito, le tuvo el oso abatido."² (*Pausa.*)

MASHA (*irritada, a Olga*)- ¡Deja de llorar!

Entran ANFISA y FERAPONT con una tarta.

ANFISA- Por aquí, hombre. Entra, que tienes los pies limpios. (*A Irina.*) De la Administración del zemstvo, de parte de Mijail Ivánich Protopópov... Una tarta.

IRINA- Gracias. Dile que estoy agradecida. (*Toma el regalo.*)

FERAPONT- ¿Qué?

IRINA (*con voz más fuerte*)- ¡Dile que estoy agradecida!

OLGA- Ayita, dale un poco de tarta. Ferapont, pasa, allí te darán un pedazo de tarta.

² "Sin darle tiempo a soltar un grito...": versos de la fábula *El campesino y el Jornalero*, de I. Krilov.

FERAPONT- ¿Qué?

ANFISA- Vamos, Ferapont Spiridónich. Vamos...
(Sale con Ferapont.)

MASHA- No me gusta Protopópov, ese Mijail Potápich o Ivánich. No hay que invitarle.

IRINA- Yo no le he invitado.

MASHA- Muy bien hecho.

Entra CHEBUTIKIN, seguido de un SOLDADO que lleva un samovar de plata; rumor de sorpresa y descontento.

OLGA (se cubre el rostro con las manos)- ¡Un samovar! ¡Es espantoso! (Se va a la sala y se acerca a la mesa.)

IRINA- Querido Iván Románich, ¡qué hace usted!

TUSENBACH (se ríe)- Ya se lo decía yo.

MASHA- Iván Románich, ¡eso es no tener vergüenza!

CHEBUTIKIN- Queridas mías, hermosas mías, para mí sois las únicas, sois para mí lo más preciado del mundo. Pronto cumpliré sesenta años, soy un viejo, un viejo solitario, insignificante... Nada hay bueno en mí fuera del amor que os tengo, y de no haber sido vosotras, haría mucho tiempo ya que no sería de este mundo... (A Irina.) Encanto, hija mía,

la conozco desde el día de su nacimiento... la llevé en brazos... Yo estimaba a su difunta madre...

IRINA- Pero, ¿por qué hacer regalos tan caros?

CHEBUTIKIN (*entre lágrimas, enojado*)- Regalos caros... Lo que es vosotras... (*Al ordenanza.*) Lleva el samovar allí... (*Burlándose.*) Regalos caros... (*El ordenanza lleva el samovar a la sala.*)

ANFISA (*atravesando el salón*)- Queridas, un coronel desconocido. Ya se ha quitado el capote, hijas mías, viene hacia aquí. Irinushka sé amable, atenta... (*Saliendo.*) Y hace mucho ya que es hora de almorzar... ¡Señor!...

TUSENBACH- Será Vershinin.

Entra VERSHININ.

¡El teniente coronel Vershinin!

VERSHININ (*a Masha y a Irina*)- Tengo el honor de presentarme: Vershinin. Estoy contento, muy contento, de encontrarme por fin en casa de ustedes. ¡Qué cambiadas están! ¡Ay, ay!

IRINA- Siéntese, tenga la bondad. Para nosotras, es un gran placer.

VERSHININ (*alegremente*)- ¡Qué contento estoy, qué contento estoy! Pero ustedes son tres hermanas.

Lo recuerdo, eran tres niñas. Las caras, no las recuerdo, pero sí me acuerdo perfectamente de que su padre, el coronel Prozónov, tenía tres niñas pequeñas, las ví con mis propios ojos. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Ay, ay, cómo pasa el tiempo!

TUSENBACH- Alexandr Ignátievich es de Moscú.

IRINA- ¿De Moscú? ¿Es usted de Moscú?

VERSHININ- Sí, de Moscú. Su difunto padre era allí jefe de batería, y yo era oficial en la misma brigada. (*A Masha.*) Me parece recordar algo su cara.

MASHA- Pues yo a usted no le recuerdo.

IRINA- ¡Olía! ¡Olía! (*Grita a la sala.*) ¡Olía, ven aquí!

OLGA entra en el salón, procedente de la sala.

IRINA- El teniente coronel Vershinin; resulta que es de Moscú.

VERSHININ- Así, pues, usted es Olga Serguéievna, la mayor... Usted es María... Usted, Irina, la menor.

OLGA- ¿Es usted de Moscú?

VERSHININ- Sí. Estudié en Moscú y en Moscú empecé a prestar servicio. He vivido allí mucho tiempo; por fin he sido destinado aquí, al mando de una batería, y aquí me he trasladado, como ven. En realidad a ustedes no las recuerdo; me

acuerdo sólo de que eran tres hermanas. En cambio, tengo muy bien grabado en la memoria a su padre. Cierro los ojos y le veo, como si estuviera vivo. En Moscú, yo solía visitar la casa de ustedes...

OLGA- Me parecía recordar a todo el mundo y de pronto. . .

VERSHININ- Me llamo Alexandr Ignátievich...

IRINA- Alexandr Ignátievich, usted es de Moscú... ¡Qué sorpresa!

OLGA- Es que nosotras nos trasladamos allí.

IRINA- Esperamos estar allí en otoño. Es nuestra ciudad, allí nacimos. En la calle de Stáraia Basmánaia... *(Las dos se ríen de alegría.)*

MASHA- Sin esperarlo, nos encontramos con un paisano. *(Con viveza.)* ¡Ahora recuerdo! ¿Te acuerdas, Olia? En casa decían: "el comandante enamorado". Entonces era usted teniente y estaba enamorado de alguien; no sé por qué todos se burlaban llamándole comandante ...

VERSHININ *(se ríe)*- Eso, eso ... El comandante enamorado, así era ...

MASHA- Entonces usted sólo llevaba bigote... ¡Oh, cómo ha envejecido! *(Entre lágrimas.)* ¡Cómo ha envejecido usted!

VERSHININ- Sí, cuando me llamaban el comandante enamorado aún era joven, estaba enamorado. Ahora la cosa es distinta.

OLGA- Pero todavía no tiene ni un cabello blanco. Usted ha envejecido, pero aún no es viejo.

VERSHININ- Sin embargo, voy ya para los cuarenta y tres. ¿Hace mucho que se fueron de Moscú?

IRINA- Once años. Pero Masha, ¿por qué lloras, tontina?... (*Entre lágrimas.*) Hasta yo me pongo a llorar.

MASHA- No es nada. ¿Y en qué calle vivía?

VERSHININ- En la de Stáraia Basmánnaia

OLGA- Como nosotras...

VERSHININ- Viví cierto tiempo en la calle de los Alemanes. Desde la calle de los Alemanes, iba andando a los Cuarteles Rojos. Hay que pasar por un puente sombrío; se oye el ruido del agua que corre por debajo. Allí, al que va solitario, el alma se le pone triste. (*Pausa.*) En cambio, aquí, ¡qué río más ancho, más rico! ¡Es un río maravilloso!

OLGA- Sí, pero hace frío. Aquí hace frío y hay mosquitos...

VERSHININ- ¡Qué dice usted! Aquí el clima es tan sano, tan bueno, en fin: tan eslavo. Hay bosque, un río... y también hay abedules. Abedules modestos,

entrañables; yo los quiero más que a todos los otros árboles. Es agradable vivir aquí. Lo raro es que la estación de ferrocarril esté a veinticinco verstas... Y nadie sabe por qué.

SOLINÓI- Pues yo lo sé. (*Todos le miran.*) Es así porque si la estación estuviera cerca, no estaría lejos, y si está lejos esto quiere decir que no está cerca.

Silencio embarazoso.

TUSENBACH- Qué guasón, Vasili Vasílich.

OLGA- Ahora yo también me acuerdo de usted. Me acuerdo.

VERSHININ- Conocí a su mamá.

CHEBUTIKIN- Era una buena mujer, Dios la tenga en gloria.

IRINA- Mamá está enterrada en Moscú.

OLGA- En el cementerio de Novo-Diévíchi...

MASHA- Figúrese, ya empiezo a olvidar su cara. Del mismo modo dejarán de acordarse de nosotros. Nos olvidarán.

VERSHININ- Sí. Nos olvidarán. Este es nuestro destino, no hay que darle vueltas. Lo que a nosotros nos parece serio, significativo, muy importante, llegará un día en que pasará al olvido o parecerá bala-

dí. (*Pausa.*) Lo curioso es que ahora no podemos saber de ningún modo lo que se tendrá realmente por elevado e importante y lo que se considerará lamentable, ridículo. Acaso el descubrimiento de Copérnico o, supongamos, de Colón ¿no parecía al principio innecesario, ridículo, al mismo tiempo que se tomaba por verdadera alguna vacía elucubración escrita por algún tonto? Y puede ocurrir que nuestra vida actual, a la que tan bien nos acomodamos, con el tiempo parezca rara, incómoda, poco inteligente, poco limpia, quizá hasta pecaminosa. . .

TUSENBACH- ¿Quién sabe? No está descartado que llamen elevada a nuestra vida y la recuerden con respeto y estimación. Ahora no hay torturas ni penas de muerte ni invasiones, aunque sí hay sufrimientos, ¡cuántos sufrimientos!

SOLINÓI (*con voz aguda*)- Pita, pita, pita... Al barón no es necesario darle de comer, basta con dejarle filosofar.

TUSENBACH-Vasili Vasílich, le ruego que me deje en paz... (*Se sienta en otro lugar.*) Esto ya empieza a ser fastidioso.

SOLIÓNI (*con voz aguda*)- Pita, pita, pita...

TUSENBACH.(*a Vershinin*)- De todos modos, los sufrimientos que ahora se observan -¡y son tantos!-

muestran ya que la sociedad ha alcanzado cierta elevación moral...

VERSHININ- Sí, sí, claro.

CHEBUTIKIN- Usted acaba de decir, barón, que a nuestra vida la denominarán elevada; pero las personas, a pesar de todo, son pequeñas... (*Se levanta.*)

Mire qué pequeñito soy yo. Para que pueda consolarme se ha de decir que mi vida, es una cosa elevada y noble.

Se oye tocar el violín entre bastidores

MASHA- Es Andréi quien toca, nuestro hermano.

IRINA- Es nuestro sabio. Probablemente será catedrático. Papá era militar, pero su hijo ha elegido una carrera científica.

MASHA- Por deseo de papá.

OLGA- Hoy le hemos hecho rabiar un poco. Según parece, anda enamorado.

IRINA- De una señorita de aquí. Con toda probabilidad hoy vendrá a vernos.

MASHA- ¡Cómo viste, Dios mío! No digo ya con poco gusto o sin ir a la moda, sino de manera lamentable. Lleva una falda rara, chillona, tirando a amarillo, con una franja vulgarísima y una blusa ro-

ja. Y con unas mejillas tan lucientes, ¡tan lucientes! Andréi no está enamorado, no puedo creerlo; a pesar de todo, él tiene gusto; nada, lo único que quiere es hacernos rabiar, hacer el tonto. Ayer oí decir que ella iba a casarse con Protopópov, el presidente de la Administración del *zenistvo*. Magnífico... (*Llamando por una puerta lateral.*) Andréi, ¡ven acá! ¡Un momento, querido!

Entra ANDRÉI.

OLGA- Es mi hermano, Andréi Sergueich.

VERSHININ- Vershinin.

ANDRÉI- Prozórov. (*Se seca el sudor del rostro.*)
¿Viene usted destinado como jefe de batería?

OLGA- Figúrate que Alexandr Ignátich es de Moscú.

ANDRÉI- ¿Sí? Pues le felicito, mis hermanas no van a dejarle en paz.

VERSHININ- Soy yo quien ha tenido tiempo de cansar ya a sus hermanas.

IRINA- Miren, qué marquito me ha regalado hoy Andréi. (*Enseña el pequeño marco.*) Lo ha hecho él mismo

VERSHININ (*contemplando el marquito sin saber qué decir*)- Sí... es una cosa...

IRINA- Y el marco que tenemos sobre el piano también lo ha hecho él.

Andréi, disgustado, hace un gesto con la mano y se aparta.

OLGA- Es el sabio de la casa y además toca el violín, talla objetos de madera, en una palabra, se da maña para todo. ¡Andréi, no te vayas! Es una manía: siempre se va. ¡Ven aquí!

Masha e Irina le toman del brazo y, riendo, le hacen volver.

MASHA- ¡Ven aquí, ven!

ANDRÉI- Dejadme, por favor.

MASHA- ¡Qué gracioso! A Alexandr Ignátievich le llamaban en otro tiempo el comandante enamorado y él no se enfadaba nada.

VERSHININ- ¡Nada!

MASHA- Y a ti quiero llamarte ¡el violinista enamorado!

IRINA- O el catedrático enamorado. . .

OLGA- ¡Está enamorado! ¡Andriushka está enamorado!

IRINA (*aplaudiendo*)- ¡Bravo, bravo! ¡Bis! ¡Andriushka está enamorado!

CHEBUTIKIN (*se acerca a Andréi por detrás y le coge por la cintura con ambas manos*)- ¡Nada más que para el amor nos ha creado la naturaleza! (*Se ríe a carcajadas, siempre con el periódico en la mano.*)

ANDRÉI- Bueno, basta, basta... (*Se seca el rostro.*) No he dormido en toda la noche y no está el horno para bollos, como suele decirse. Estuve leyendo hasta las cuatro de la madrugada; luego me acosté, pero fue inútil. Pensaba en esto y en lo otro y ahora amanece pronto; el sol se me mete en seguida en el dormitorio. Durante este verano, mientras estoy aquí, quisiera traducir un libro del inglés.

VERSHININ- ¿Lee usted inglés?

ANDRÉI- Sí. Mi padre, que Dios le tenga en gloria, nos tenía amarrados a la instrucción. Es ridículo y estúpido, pero he de confesar que, después de su muerte, empecé a engordar y en un año he engordado como si realmente mi cuerpo se hubiera liberado de un yugo. Gracias a nuestro padre, mis hermanas y yo sabemos francés, alemán e inglés, e

Irina, sabe, además, italiano. ¡Pero lo que todo eso ha costado!

MASHA- Saber tres idiomas, en esta ciudad, constituye un lujo superfluo. Ni siquiera es lujo, sino una especie de apéndice inútil, algo así como un sexto dedo. ¡Sabemos muchas cosas inútiles!

VERSHININ- ¡Esa sí que es buena! (*Se ríe.*) ¡Saben muchas cosas inútiles! Me parece que no hay ni puede haber una ciudad tan aburrida y triste en la cual resulte innecesaria una persona inteligente e instruida. Supongamos que entre los cien mil habitantes de esta ciudad, atrasada y poco culta, desde luego, no hay más que tres personas como ustedes. Es evidente que ustedes no van a poder vencer a la masa ignorante que las rodea; en el transcurso de toda su vida, poco a poco, deberán ceder terreno y perderse en esta masa de cien mil personas; la vida las absorberá, pero no por esto van a desaparecer, a pasar sin dejar huella; cuando desaparezcan, personas como ustedes habrá, quizá seis; luego doce, y así sucesivamente hasta que, al fin, la mayoría será como son ustedes. Dentro de doscientos o trescientos años, la vida en la Tierra será inimaginablemente hermosa, sorprendente. El hombre necesita una vida así, y aunque todavía no se dé, ha de presentirla,

ha de esperarla, ha de soñar con ella, ha de prepararse para ella; por esto ha de ver y saber más de lo que veían y sabían su abuelo y su padre. (*Se ríe.*) ¡Y se quejan de saber demasiado!

MASHA (*se quita el sombrero*)- Me quedo a comer

IRINA (*suspirando*)- La verdad, todo esto habría que anotarlo...

Andréi no está, se ha ido sin que nadie se diera cuenta.

TUSENBACH- Dentro de muchos años, dice usted, la vida en la Tierra será hermosa, sorprendente. Es cierto. Más, para participar de ella ahora, aunque sea de lejos, es necesario prepararse, hace falta trabajar...

VERSHININ (*se levanta*)- ¡Cuántas flores tienen ustedes! (*Mirando en torno.*) La casa es una maravilla. ¡Las envidio! En cambio, yo me he pasado la vida en pisos, con dos sillas, un diván y estufas que siempre dan humo. Lo que me ha faltado en la vida han sido precisamente flores como éstas... (*Se frota las manos.*) ¡Bueno, dejémoslo!

TUSENBACH- Sí, es necesario trabajar. Usted pensará, probablemente: este alemán se ha enternecido.

Pero soy ruso, palabra de honor y ni siquiera hablo el alemán. Mi padre era ortodoxo... *(Pausa.)*

VERSHININ *(Paseando por la escena)*- A menudo pienso: ¿qué sucedería si se pudiera recomenzar la vida de nuevo, y, además conscientemente? ¿Si la vida que ya se ha vivido fuera, como si dijéramos, el borrador y la otra fuera su copia en limpio? Me figuro que, entonces, cada uno de nosotros procuraría ante todo no repetirse, o por lo menos, crearse otro ambiente, se procuraría una casa como ésta, con flores, con luz a raudales... Tengo mujer, dos niñas, mi mujer no goza de buena salud, etcétera, etcétera; si empezara a vivir otra vez, no me casaría... ¡No, no!

Entra KULIGUIN, con el uniforme de los profesores de gimnasio.

KULIGUIN *(acercándose a Irina)*- Querida hermana, permíteme que te felicite con motivo de tu santo y que te desee sinceramente, con toda el alma, salud y cuanto puede desearse a una muchacha de tus años. Y luego permíteme que te ofrezca como regalo este librito. *(Le entrega un libro.)* Es la historia de nuestro gimnasio durante los últimos cincuenta años, escrita

por mí. Es un pequeño libro sin importancia escrito para matar el tiempo, pero, de todos modos, léelo. ¡Buenos días, señores! (A *Vershinin*.) Kuliguin, profesor del gimnasio de la ciudad, funcionario de 7° grado. (A *Irina*.) En este librito encontrarás la lista de todos cuantos han terminado nuestro gimnasio durante esos cincuenta años. *Feci, quod potui, faciant meliora potentes.*³ (Besa a *Masha*.)

IRINA- ¡Pero por Pascua ya me regalaste este mismo librito!

KULIGUIN (*se ríe*)- ¡No puede ser! En este caso, devuélvemelo, o mejor: dáselo al coronel. Tómelo, coronel; alguna vez lo leerá para matar el aburrimiento.

VERSHININ- Muy agradecido. (*Se dispone a marcharse*.) Estoy muy contento de haberlos conocido...

OLGA- ¿Se va usted? ¡No, no!

IRINA- Usted se queda a desayunar con nosotros. No nos diga que no.

OLGA- ¡Se lo ruego!

VERSHININ (*inclinándose*)- Me parece que he acertado a venir el día que celebran ustedes una fiesta onomástica. Perdonen, no lo sabía, no las he felicitado... (*Se va con Olga a la sala*.)

³ “Hice lo que pude: hagan algo mejor los que puedan”

KULIGUIN- Hoy, señores, es domingo, día de descanso, descansenos, pues; divirtámonos, cada uno según su edad y estado. Habrá que retirar las alfombras y guardarlas hasta el próximo invierno... Con polvos insecticidas o naftalina... Los romanos gozaban de buena salud porque sabían trabajar y también sabían descansar; tenían *mens sana in corpore sano*. Su vida transcurría según formas determinadas. Nuestro director dice: en toda vida, lo importante es su forma... Lo que pierde su forma, deja de existir; lo mismo ocurre con nuestra vida de todos los días. (*Coge a Masha por el talle, riéndose.*) Masha me quiere. Mi mujer me quiere. Los cortinones de las ventanas también han de guardarse, con las alfombras... Hoy me siento alegre, con un excelente estado de ánimo. Masha, a las cuatro hemos de ir a casa del director. Se organiza un paseo de profesores con sus familias. MASHA- Yo no voy.

KULIGUIN (*disgustado*)- Querida Masha, ¿por qué?

MASHA- De esto hablaremos luego... (*Enojada.*) Está bien iré, pero déjame tranquila, te lo suplico... (*Se aparta.*)

KULIGUIN- Luego pasaremos la velada en casa del director. A pesar de su poca salud, ese hombre procura ante todo hacer algo en lo social. Es una

personalidad excelente, luminosa. Ayer, después de la reunión de claustro, me dijo: “¡Estoy cansado, Fiódor Ilich! ¡Estoy cansado!” (*Mira el reloj de pared; luego el suyo.*) Vuestro reloj adelanta siete minutos. ¡Sí, dijo, estoy cansado!

Se oye tocar el violín entre bastidores.

OLGA- ¡Señores, hagan la merced, tengan la bondad de venir a desayunar! ¡Verán qué pastel!

KULIGUIN- ¡Ah, mi querida Olga, mi Olga! Ayer estuve trabajando desde la mañana hasta las once de la noche; estaba cansado, pero hoy me siento feliz. (*Entra en la sala y se acerca a la mesa.*) Mi querida Olga...

CHEBUTIKIN (*se mete el periódico en el bolsillo, se peina la barba*)- ¿Un pastel? ¡Magnífico!

MASHA (*a Chebutikin, severamente*)- Pero, cuidado: nada de beber hoy. ¿Me oye? A usted le perjudica.

CHEBUTIKIN- ¡Qué va! Ya ha pasado todo. Hace dos años que no ha habido melopea. (*Impaciente.*) ¡Pero, querida, qué más da!

MASHA- De todos modos, no se atreva a beber. No se atreva. (*Irritada, pero conteniéndose de modo que su*

marido no la oiga.) ¡Otra vez tener que aguantar una soporífera

velada en casa del director! ¡El diablo se lo lleve!

TUSENBACH- En su lugar yo no iría... Muy sencillo.

CHEBUTIKIN- No vaya, alma mía.

MASHA- Ya, no vaya ... Esta vida maldita, insoportable ... (*Entrando en la sala.*)

CHEBUTIKIN (*la sigue*)- ¡Bueno bueno!

SOLIÓNI (*entrando en la sala*)- Pita, pita, pita...

TUSENBACH- Acaba ya, Vasili Vasílich. Basta.

SOLIÓNI- Pita, pita, pita...

KULIGUIN (*alegremente*)- ¡A su salud, coronel! Soy pedagogo y, aquí, familiar de la casa, soy el marido de Masha... Masha es buena, muy buena...

VERSHININ- Brindaré con este vodka oscuro... (*Bebe.*) ¡A su salud! (*A Olga.*) ¡Me encuentro tan bien en su casa!...

En el salón quedan únicamente Irina y Tusenbach.

IRINA- Masha hoy no está de buen humor. Se casó a los dieciocho años, cuando Fiódor le parecía el más inteligente de los hombres. Ahora la cosa es

distinta. Es el mejor de los hombres, pero no el más inteligente.

OLGA (*impaciente*)- Andréi, ¡vente ya, hombre!

ANDRÉI (*detrás de la escena*)- Ahora mismo. (*Entra y se acerca a la mesa.*)

TUSENBACH- ¿En qué está usted pensando?

IRINA- En nada. Su Solióni no me gusta. Me da miedo. No dice más que tonterías...

TUSENBACH- Es un hombre extraño. Me da pena y me disgusta, pero sobre todo me da pena. Me parece un hombre tímido... Cuando estamos los dos solos, suele mostrarse muy inteligente y afable, pero en sociedad es grosero y perdonavidas. Quédese hasta que se sienten a la mesa. Permítame estar un poco a su lado. ¿En qué piensa usted? (*Pausa.*) Usted tiene veinte años, yo no he cumplido todavía los treinta. Cuántos años nos quedan aún por delante, qué larga, larga serie de días, repletos de mi amor por usted...

IRINA- No me hable de amor Nikolái Lvóvich.

TUSENBACH (*sin escucharla*)- Experimento una apasionada sed de vida, de lucha, de trabajo, esta sed se me ha fundido en el alma con el amor que siento por usted, Irina. Como hecho adrede, usted

es hermosa, ¡y la vida también me parece tan hermosa! ¿En qué está pensando?

IRINA- Usted dice: la vida es hermosa. Sí, pero ¿y si sólo lo parece? Para nosotras, tres hermanas, la vida aún no ha sido hermosa, nos ha sofocado, como hierba mala... Me corren las lágrimas. Eso no está bien... *(Se seca rápidamente la cara, se sonríe.)* Hace falta trabajar, trabajar. Nos sentimos tristes y vemos la vida tan poco risueña porque no conocemos el trabajo. Hemos nacido de personas que despreciaban el trabajo...

Entra NATALIA IVANOVNA; lleva un vestido color de rosa y un cinturón verde.

NATASHA- Ya se sientan a la mesa...He llegado tarde. *(Se mira de paso, en el espejo, se arregla.)* Me parece que no voy mal peinada... *(Al ver a Irina.)* Querida Irina Serguéievna, ¡la felicito! *(La besa con fuerza, largo rato.)* Tiene muchos invitados, me siento avergonzada, la verdad... ¡Buenos días, barón!

OLGA *(entrando en el salón)*- Aquí tenemos a Natalia Ivánovna. ¡Buenos días, querida! *(Se besan.)*

NATASHA- Felicidades. Tienen ustedes unos invitados que me siento intimidada...

OLGA- No diga, toda es gente conocida. (*A media voz, asustada.*) ¡Lleva un cinturón verde! ¡Querida, eso no está bien!

NATASHA- ¿Es de mal augurio?

OLGA- No, sencillamente, no sienta bien... es un poco extraño...

NATASHA (*con voz compungida*)- ¿Sí? Pero mire, no es verde, es rnás bien de color mate. (*Entra en la sala, siguiendo a Olga*)

En la sala, se sientan a la mesa: en el salón no queda ni un alma.

KULIGUIN- Te deseo, Irina, un buen novio. Ya es hora de que te cases.

CHEBUTIKIN- Natalia Ivánovna, también yo a usted le deseo un novio.

KULIGUIN- Natalia Ivánovna ya lo tiene.

MASHA (*golpea el plato con el tenedor*)- ¡Bebo una copita de vino! Total, ¿qué más da? ¡Todo da lo mismo, nada importa!

KULIGUIN- Te mereces un aprobado justo de conducta.

VERSHININ- El vodka es bueno. ¿Qué infusión lleva?

SOLIÓNI- De cucarachas.

IRINA (*con voz compungida*)- ¡Uf! ¡Uf! ¡Qué asco!...

OLGA- Para cenar habrá pavo asado y un pastel de manzana. A Dios gracias, hoy estaré en casa todo el día. Vengan por la tarde.

VERSHININ- ¿A mi también me permite venir por la tarde?

IRINA- Con mucho gusto.

NATASHA- Aquí no gastan cumplidos.

CHEBUTIKIN- Nada más que para el amor nos ha creado la naturaleza. (*Se ríe.*)

ANDRÉI (*Irritado*)- ¡Basta, señores! ¿No les tiene hartos todavía?

FEDÓTIK y RODE entran con un gran cesto de flores.

FEDÓTIK- Vaya, ya están a la mesa.

RODE (*en voz alta pero confusa*)- ¿Están a la mesa? Sí, ya están a la mesa...

FEDÓTIK- Espera un momento. (*Saca una fotografía.*) ¡Una! Espera un poco más... (*Toma otra fotografía.*) ¡Dos! Ya estamos listos. (*Cogen el cesto y entran en la sala, donde son recibidos con alborozo.*)

RODE (*alzando la voz*)- ¡Felicidades! ¡Les deseo un sinfín de venturas, un sinfín! Hoy el tiempo es magnífico, espléndido. He estado paseando con los alumnos del gimnasio toda la mañana. Enseño en el gimnasio gimnasia.

FEDÓTIK- ¡Puede usted moverse, Irina Serguéievna, puede moverse! (*Toma una fotografía.*) Está usted muy interesante hoy. (*Saca una peonza del bolsillo.*) Ah, tome, una peonza ... Hace un sonido sorprendente...

IRINA- ¡Qué maravilla!

MASHA- “Al borde de la ensenada, una encina verde; sobre la encina, una cadena de oro... Sobre la encina una cadena de oro...” (*Con voz llorosa.*) ¿Por qué repito estas palabras? Me están persiguiendo estos versos desde la mañana...

KULIGUIN- ¡Somos trece a la mesa!

RODE (*alzando la voz*)- Señores, ¿acaso toman ustedes en serio las supersticiones? (*Risas.*)

KULIGUIN- Si hay trece personas a la mesa, eso significa que entre los presentes se encuentra algún enamorado. ¿No será usted, Iván Románovich, por ventura?... (*Risas.*)

CHEBUTIKIN- Yo soy un viejo pecador, pero lo que no llego a comprender de ningún modo es por qué Natalia Ivánovna se ha ruborizado.

Risas estrepitosas; Natasha sale corriendo de la sala hacia el salón; Andréi la sigue.

ANDRÉI- ¡Por favor no haga caso! Espere... aguarde, se lo ruego...

NATASHA- Me siento avergonzada... No sé lo que me pasa, se ríen de mí. Levantarse de la mesa como lo he hecho yo, no está bien, pero no puedo... no puedo... *(Se cubre el rostro con las manos.)*

ANDRÉI- Querida mía, se lo ruego, se lo suplico, no se inquiete. Le aseguro que sólo bromean, sin ninguna mala intención. Querida mía, mi cielo, todos son buena gente, tienen buen corazón, nos quieren a usted y a mí. Venga aquí, junto a la ventana, aquí no nos verán... *(Mira a su alrededor.)*

NATASHA- ¡Estoy tan poco acostumbrada a alternar en sociedad!...

ANDRÉI- ¡Oh, juventud, maravillosa, encantadora juventud! Querida mía, cielo mío, ¡no se inquiete así! . . Créame, crea... Me siento tan feliz, tengo el alma rebosante de amor, de entusiasmo... ¡Oh, no nos ven! ¡No nos ven! ¿Cómo me he enamorado de usted, cómo? ¿Cuándo me he enamorado? Oh, no comprendo nada. Amada mía, bella mía, mi dulce

bien, ¡sea mi mujer! La amo, la amo. Como nunca he amado a nadie... (*Beso.*)

Entran DOS OFICIALES y al ver a la pareja besándose se detienen estupefactos.

Telón.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto. Son las ocho de la noche. De la calle llegan, apenas perceptibles, los sones de un acordeón. No hay luces encendidas. Entra NATALIA IVANOVNA en bata, con una vela; da unos pasos y se detiene ante la puerta de la habitación de Andréi.

NATASHA- ¿Qué haces, Andriusha? ¿Lees? No quiero nada, sólo te lo pregunto... *(Da unos pasos más, abre otra puerta y, después de haber mirado dentro, la cierra.)* Quería ver si había alguna luz encendida...

ANDRÉI *(entra con un libro en la mano)*- ¿Qué quieres Natasha?

NATASHA- Miro si hay luces encendidas... Estamos en Carnaval, y la servidumbre tiene la cabeza a pájaros; hay que estar en todo para que no ocurra

ninguna desgracia. Ayer, a medianoche, pasé por el comedor y me encontré con que había allí una vela encendida. No he logrado saber quién la encendió. *(Pone la vela sobre la mesa.)* ¿Qué hora es?

ANDRÉI *(mira el reloj)*- Son las ocho y cuarto.

NATASHA- Olga e Irina todavía no están aquí. No han vuelto. Se pasan todo el día trabajando, pobrecitas. Olga, en el Consejo pedagógico; Irina, en telégrafos... *(Suspira.)* Esta mañana le he dicho a tu hermana: "Vela por tu salud, Irina, cariño". No hace caso ¿Las ocho y cuarto, dices? Temo que nuestro Bóbik esté malo. ¿Por qué tendrá el cuerpo tan frío? Ayer tenía fiebre y hoy tiene frío... ¡Tengo tanto miedo!

ANDRÉI- No es nada, Natasha. El pequeño está bien.

NATASHA- De todos modos, será mejor ponerle a dieta. Tengo miedo. Han dicho que hoy, a eso de las diez, vendrán las máscaras; mejor sería que no vinieran, Andriusha.

ANDRÉI- No sé, la verdad. El caso es que han sido invitadas.

NATASHA- Hoy el pequeño, al despertarse, me ha mirado y de pronto se ha sonreído; esto quiere decir que me ha reconocido. "¡Bóbik! -le digo-, buenos

días, cielo mío!" Se ha reído. Los pequeños lo entienden todo, ¡lo entienden muy bien! Así, pues, Andriusha, diré que no se reciba a las máscaras.

ANDRÉI (*vacilando*)- Verás, eso, lo que decidan mis hermanas. Son ellas las dueñas de la casa.

NATASHA- Querrán; se lo diré. Son muy buenas... (*Da unos pasos.*) Para la cena he mandado preparar leche cuajada; de lo contrario, no adelgazarás. (*Se detiene.*) Bóbik está frío. Tengo miedo de que sienta frío en la habitación. Habría que instalarle en otra, por lo menos hasta que haga buen tiempo. Por ejemplo, en la de Irina, que es una habitación ideal para un niño pequeño: es seca y el sol le da todo el día. Hay que decírselo a Irina; entretanto, ella podría estar con Olga en una misma habitación... De todos modos, se pasa todo el día fuera, sólo viene a dormir... (*Pausa.*) Andriusha, querido, ¿por qué no dices nada?

ANDRÉI- ¡Bah! Estaba pensando... Además, no hay qué decir...

NATASHA- Sí. . . Quería decirte algo... ¡Ah, ya! Ha venido Ferapont, de la Administración del zemstvo; pregunta por ti

ANDRÉI (*bosteza*)- Dile que pase.

Natasha sale; Andréi, inclinándose junto a la vela olvidada por su mujer, lee el libro. Entra FERAPONT; lleva un abrigo viejo, raído, con el cuello levantado, y una bufanda que le tapa las orejas.

ANDRÉI- Hola, viejo amigo. ¿Qué me cuentas?

FERAPONT- El presidente le manda un libro y un papel. Aquí lo tiene. . . (*Le entrega el libro y un pliego.*)

ANDRÉI- Gracias. Está bien. ¿Por qué has venido tan tarde? Ya son más de las ocho.

FERAPONT- ¿Qué?

ANDRÉI (*más fuerte*)- Digo que has venido tarde, que ya son más de las ocho.

FERAPONT- Así es. Cuando he venido aún era de día, pero no me han dejado entrar. El señor está ocupado, me han dicho. Bueno... Si está ocupado, pues está ocupado; lo que es yo, no tengo prisa. (*Creyendo que Andréi le pregunta alguna cosa.*) ¿Qué?

ANDRÉI- Nada. (*Examinando el libro.*) Mañana, viernes; no tenemos sesión, pero de todos modos iré. .. ya encontraré qué hacer. En casa me aburro... (*Pausa.*) ¡Mi viejo amigo, de qué manera más extraña cambia la vida y cómo engaña! Hoy, por matar el tedio, por no saber que hacer, he echado mano de

este libro, un viejo curso de lecciones universitarias, y me han dado ganas de reír... Dios mío, yo secretario de la Administración del *zemstvo*, de la Administración en que es presidente Protopópov; yo, secretario, y a lo que más puedo aspirar es a llegar a miembro de esta Administración. ¡Ser miembro de la Administración del *zemstvo* de aquí, yo, que sueño todas las noches con que soy profesor de la Universidad de Moscú, un profesor famoso del que se enorgullecerá Rusia entera!

FERAPONT- No sé.. . Oigo mal.

ANDRÉI- Si oyeras bien, quizá no hablaría contigo de este modo. Necesito hablar con alguien, pero mi mujer no me comprende, y temo hablar con mis hermanas, temo que se rían de mí, que me avergüencen...No bebo, no soy amigo de restaurantes pero, con qué satisfacción, caro viejo, estaría ahora sentado en alguno de los de Moscú, en el de Tiéstov, por ejemplo, o en el Gran Moscú.

FERAPONT- Pues en Moscú, contaba hace poco un contratista, unos mercaderes comieron hojuelas, y uno que comió cuarenta, según dicen, murió. No sé si han dicho cuarenta o cincuenta. No lo recuerdo.

ANDRÉI- En Moscú, te sientas en una enorme sala de un restaurante, donde no conoces a nadie y nadie te conoce y, sin embargo, no te consideras extraño. En cambio, aquí, conoces a todo el mundo, todos te conocen, pero te sientes extraño... Extraño y solo.

FERAPONT- ¿Qué? *(Pausa.)* El mismo contratista contaba, no sé si mentía, que han tendido un cable de un extremo a otro de Moscú.

ANDRÉI- ¿Para qué?

FERAPONT- No sé... Lo ha dicho el contratista.

ANDRÉI- Tonterías. *(Lee el libro.)* ¿Has estado en Moscú alguna vez?

FERAPONT *(después de una pausa)*- No he estado. No lo ha dispuesto Dios. *(Pausa.)* ¿Puedo irme?

ANDRÉI- Sí. Que te vaya bien. *(Ferapont sale.)* Que te vaya bien. *(Leyendo.)* Mañana por la mañana vente y recogerás los papeles... Vete... *(Pausa.)* Se ha ido. *(Se oye la campanilla.)* Sí, así es la vida... *(Se estira y vuelve a su habitación, sin apresurarse.)*

Entre bastidores, una niñera canta acunando a un niño. Entran MASHA Y VERSHININ. Mientras ellos conversan, una DONCELLA enciende un quinqué y unas velas.

MASHA- No sé. (*Pausa.*) No sé. Naturalmente, la costumbre significa mucho. Después de la muerte de nuestro padre, por ejemplo, estuvimos mucho tiempo sin poder acostumbrarnos a no tener ordenanzas. Pero, además de la costumbre, me parece que, en este caso, habla en mí el sentido de lo que es justo. Quizá en otros lugares no es así, pero en nuestra ciudad, las personas más formales, las más nobles y mejor educadas son los militares.

VERSHININ- Tengo ganas de beber. Tomaría un poco de té.

MASHA (*después de mirar el reloj de pared*)- Pronto lo servirán. Me casaron cuando tenía dieciocho años, y temía a mi marido porque era maestro y yo acababa de terminar mis estudios. Entonces me parecía un verdadero sabio, inteligente, e importante. Ahora ya no, por desgracia.

VERSHININ- Ya... sí.

MASHA- De mi marido no voy a hablar, a él ya estoy acostumbrada, pero entre el elemento civil, en general, ¡hay tanta gente grosera, poco amable y mal educada! La grosería me ofende, me molesta; sufro cuando veo que un hombre es poco fino, poco delicado, poco amable. Cuando me encuentro entre maestros, camaradas de mi marido, sufro de verdad.

VERSHININ- Sí... Pero a mi modo de ver, en lo de interesantes da lo mismo civiles que militares, por lo menos en esta ciudad. ¡Da lo mismo! De oír a un intelectual la localidad, civil o militar, resulta que no puede más con su mujer, que no puede más con su casa, que no puede más con su finca, que no puede más con los caballos... Al hombre ruso le es propia en alto grado la elevación del pensamiento, dígame, ¿por qué en la vida se queda tan a ras de tierra? ¿Por qué?

MASHA- ¿Por qué?

VERSHININ- ¿Por qué está harto de los hijos y de la mujer? ¿Por qué la mujer y los hijos están hatos de él?

MASHA- Hoy se encuentra algo deprimido.

VERSHININ- Es posible. Hoy no he almorzado. No he comido nada desde la mañana. Tengo una hija un poco enferma, y cuando mis hijas están enfermas, me siento intranquilo, me remuerde la conciencia por haberles dado una madre semejante. ¡Oh, si la hubiera visto hoy! Que nulidad. Hemos comenzado a reñir a las siete de la mañana, a las nueve he dado un portazo y he salido (*Pausa.*) Nunca hablo de esto y, cosa rara, no me lamento más

que a usted. (*Le besa la mano.*) No se enoje conmigo. Aparte de usted, no tengo a nadie, a nadie... (*Pausa.*)

MASHA- ¡Qué ruido hace la chimenea! Poco antes de la muerte de nuestro padre, zumbaba del mis modo. Exactamente como ahora.

VERSHININ- ¿Es usted supersticiosa?

MASHA- Sí.

VERSHININ- Es extraño. (*Le besa la mano.*) Usted es una mujer magnífica, maravillosa. ¡Magnífica, maravillosa! Aquí hay poca luz, mas veo el resplandor de sus ojos.

MASHA (*se sienta en otra silla*)- Aquí hay más luz...

VERSHININ- Yo amo, amo, amo... Amo sus ojos, sus movimientos, que veo en sueños... ¡Es una mujer magnífica, maravillosa!

MASHA (*riendo silenciosamente*)- Cuando usted me habla de este modo, no sé por qué me río, aunque siento miedo. No lo repita, por favor... (*A media voz.*) Aunque, de todos modos, hable, me da lo mismo... (*Se cubre el rostro con las manos.*) Me da lo mismo... Viene alguien, hable de alguna otra cosa...

IRINA y TUSENBACH entran por la sala.

TUSENBACH- Tengo tres apellidos. Me llamo barón de Tusenbach-Krone-Altschauer, pero soy ruso, ortodoxo, como usted. Es poco lo que me ha quedado de alemán, a no ser, quizá, esta paciencia y esta obstinación con que la estoy fastidiando. La acompaño todas las tardes.

IRINA- ¡Qué cansada estoy!

TUSENBACH- Y acudiré todos los días a telégrafos, y la acompañaré a su casa, y lo haré diez años, veinte, hasta que me mande usted a paseo. (*Al ver a Masha y a Vershínin, alegremente.*) ¿Son ustedes? Buenas tardes.

IRINA- Por fin estoy en casa. (*A Masha.*) Hace poco ha venido una dama para telegrafiar a su hermano -que vive en Sarátov- que se le ha muerto hoy un hijo, y no podía recordar de ningún modo la dirección. Lo ha mandado sin dirección, sencillamente a Sarátov. Lloraba. Y yo, sin más ni más, he sido grosera con ella. "No tengo tiempo que perder", le he dicho. He obrado estúpidamente. ¿Tenemos máscaras hoy?

MASHA- Sí.

IRINA (*se sienta en un sillón*)- Quiero descansar. Estoy fatigada.

TUSENBACH (*sonriendo*)- Cuando vuelve de la oficina, parece tan jovencita, tan desventurada... (*Pausa.*)

IRINA- Estoy cansada. No me gusta telégrafos, no me gusta, no.

MASHA- Has adelgazado... (*Silba.*) Y estás rejuvenecida, con carita de chiquillo.

TUSENBACH- Es del peinado.

IRINA- He de buscarme otro empleo, ése no es para mí. Lo que yo tanto deseaba, aquello con que soñaba, es precisamente lo que no encuentro. El mío es un trabajo sin poesía, sin alma... (*Golpe dado al pavimento desde el piso inferior.*) El doctor golpea. (*A Tusenbach.*) Amigo mío, dé unos golpes. Yo no puedo... estoy cansada...

Tusenbach da unos golpes en el suelo.

En seguida vendrá. Habría que tomar alguna medida. Ayer el doctor y nuestro Andréi fueron al club y otra vez perdieron. Dicen que Andréi perdió doscientos rubios.

MASHA (*con indiferencia*)- ¿Qué se puede hacer ahora?

IRINA- Hace dos semanas perdió; en diciembre, perdió. Ojalá lo pierda todo pronto, así quizás nos iríamos de esta ciudad. Dios mío, todas las noches sueño con Moscú, estoy como alucinada. (*Se ríe.*) Nos trasladaremos a Moscú en junio, y hasta junio quedan aún... febrero, marzo, abril, mayo... ¡Casi medio año!

MASHA- Sólo hay que procurar que Natasha no se entere de que Andréi ha perdido.

IRINA- Me figuro que a ella le da lo mismo.

CHEBUTIKIN que acaba de levantarse de la cama -ha descansado después de la comida-, entra en la sala y se peina la barba: luego se sienta a la mesa y se saca un periódico del bolsillo.

MASHA- Ahí le tenemos... ¿Ha pagado el alquiler?

IRINA (*se ríe*)- No. No ha pagado un kopek desde hace ocho meses. Por lo visto lo ha olvidado.

MASHA (*se ríe*)- ¡Qué aire de importancia el suyo!

Todos se ríen; pausa.

IRINA- ¿Por qué está tan callado, Alexandr Ignátich?

VERSHININ- No lo sé. Me apetecería tomar un poco de té. ¡La mitad de mi vida por un vaso de té! No he comido nada desde la mañana...

CHEBUTIKIN- ¡Irina Serguéievna!

IRINA- ¿Qué hay?

CHEBUTIKIN- Venga, por favor. *Venez ici.* (Irina va y, se sienta a la mesa.) No puedo estar sin usted. (Irina extiende las cartas para hacer un solitario.)

VERSHININ- Bueno, ya que no sirven el té, vamos a filosofar un poco, por lo menos.

TUSENBACH- Venga. ¿Sobre qué?

VERSHININ- ¿Sobre qué? Soñémos un poco... por ejemplo, sobre la vida que habrá después de nosotros, dentro de doscientos años o trescientos.

TUSENBACH- ¿Por qué no? Después de nosotros se volará en globo, las chaquetas cambiarán de forma, quizá se descubra el sexto sentido y lo desarrollen, pero la vida seguirá siendo la misma, difícil, llena de misterios y feliz. Y dentro de mil años, el hombre suspirará, como ahora: "¡Ah, qué penoso es vivir", y al mismo tiempo, exactamente como ahora, tendrá miedo a la muerte y no la querrá.

VERSHININ (*después de reflexionar un poco*)- ¿Qué quiere que le diga? A mí me parece que en la Tierra todo debe modificarse poco a poco, y ya está cam-

biando ante nuestros ojos. Dentro de doscientos o trescientos años, dentro de mil -la cuestión no está en el plazo-, comenzará una vida nueva y feliz. Nosotros no participamos de esa vida desde luego, pero ahora vivimos, trabajamos y sufrimos para ella; nosotros la creamos y en esto -sólo en esto- radica el fin de mi existencia y si se quiere, nuestra felicidad.

Masha se ríe quedamente.

TUSENBACH- ¿Por qué se ríe?

MASHA- No lo sé. Hoy me estoy riendo todo el día, desde la mañana.

VERSHININ- He cursado mis estudios en el mismo sitio que usted, no he pasado por la academia militar; leo mucho, pero no sé elegir las lecturas y quizá no leo lo que haría falta; pero cuanto más vivo tanto más deseo saber. Los cabellos se me vuelven canas, casi soy un viejo ya, pero sé poco, ¡qué poco! De todos modos, me parece saber muy bien lo más importante, lo esencial. Cómo me gustaría poderle demostrar que para nosotros la felicidad no existe, no debe existir ni existirá. Nosotros sólo debemos trabajar y trabajar, mientras que la felicidad está re-

servada a nuestros lejanos descendientes. *(Pausa.)* Si yo no soy feliz, por lo menos lo serán los descendientes de mis descendientes.

FEDÓTIK y RODE aparecen en la sala; se sientan y cantan en voz baja, acompañándose con la guitarra.

TUSENBACH- Según usted, no se puede ni siquiera soñar con la felicidad. Pero, ¿y si yo soy feliz?

VERSHININ- No lo es.

TUSENBACH *(juntando las manos y riéndose)*- Por lo visto, no nos entendemos. ¿Cómo podré convencerle?

Masha se ríe quedamente.

(amenazándola con el dedo)¡Ríase! *(A Vershinin.)* No sólo dentro de doscientos o trescientos años, sino también dentro de un millón de años, la vida seguirá siendo como ha sido; la vida no cambia, siempre es la misma, está en consonancia con sus propias leyes, que nos son extrañas o que, por lo menos, no nos llegarán a ser nunca conocidas. Las aves de paso, las cigüeñas, por ejemplo, vuelan y vuelan, y, cuales-

quiera que sean los pensamientos, grandes o pequeños, que pasen por sus cabezas, seguirán volando sin saber por qué ni adónde van. Vuelan y seguirán volando cualesquiera que sean los filósofos, que entre ellas se den; que filosofen como quieran, el caso está en que vuelen...

MASHA- De todos modos, ¿tiene sentido?

TUSENBACH- El sentido... Vea, está nevando. ¿Qué sentido tiene? *(Pausa.)*

MASHA- Me parece que el hombre ha de tener fe, ha de buscar una fe; de otro modo su vida es vacía, vacía... Vivir y no saber por qué vuelan las cigüeñas, por qué nacen los niños, por qué hay estrellas en el cielo... O sabemos por qué vivimos o todo son tonterías, pamemas. *(Pausa.)*

VERSHININ- De todos modos, es una pena que la juventud ya haya pasado...

MASHA- Gógol dice: "¡Qué aburrido vivir en este mundo, señores!".

TUSENBACH- Y yo digo: ¡Qué difícil discutir con ustedes, señores! No hay modo de entenderles...

CHEBUTIKIN *(leyendo el periódico)*- Balzac se casó en Berdichev.

Irina se pone a cantar quedamente.

Hasta lo voy a anotar en mi cuadernito. (*Lo anota.*)

Balzac se casó en Berdichev. (*Lee el periódico.*)

IRINA (*extiende las cartas pensativa*)- Balzac se casó en Berdichev.

TUSENBACH- La suerte está echada. ¿Sabe, María Serguéievna? He pedido el retiro.

MASHA- Lo he oído decir. No creo que haya hecho usted bien. No me gustan los civiles.

TUSENBACH- No importa... (*Se levanta.*) No tengo buena stampa, ¿qué clase de militar puedo ser? De todos modos, no importa... Trabajaré. He de trabajar, por lo menos un día de mi vida, de modo que al volver a casa por la noche deba tumbarme en la cama rendido de cansancio y me quede dormido en seguida. (*Dirigiéndose a la sala.*) ¡Los obreros, probablemente, duermen como troncos!

FEDÓTIK (*a Irina*)- Al pasar, hace un momento por la Moskóvskaia, he entrado en la tienda de Pizhikov y he comprado para usted lápices de color. Y este cortaplumas...

IRINA- Está usted acostumbrado a tratarme como a una niña, pero ya soy mayor. (*Toma los lápices y el cortaplumas, con alegría.*) ¡Qué maravilla!

FEDÓTIK- Para mí, me he comprado una navaja... mire... una hoja, otra hoja, la tercera, esto es para hurgar en las orejas, esto son unas tijeras, esto es para limpiar las uñas...

RODE (*alzando la voz*)- Doctor, ¿cuántos años tiene usted?

CHEBUTIKIN- ¿Yo? Treinta y dos. (*Risas.*)

FEDÓTIK- Ahora le enseñaré a hacer otro solitario... (*Extiende las cartas.*)

Traen el samovar; ANFISA permanece junto al mismo; poco después entra NATASHA y también se ocupa de preparar la mesa; entra SOLIÓNÍ y, después de saludar a los presentes, se sienta a la mesa.

VERSHININ- ¡Vaya viento!, ¿eh?

MASHA- Sí, estoy harta de invierno. Ya se me ha olvidado cómo es el verano.

IRINA- El solitario saldrá bien, ya lo veo. Iremos a Moscú.

FEDÓTIK- No, no sabe bien. ¿Ve? El ocho ha quedado encima del dos de picas. (*Se ríe.*) Esto significa que no irán a Moscú.

CHEBUTIKIN (*lee el periódico*)- Tsitsikar. Allí se ha declarado una espantosa epidemia de viruela.

ANFISA (*acercándose a Masha*)- Ven a tomar el té, pequeña. (*A Vershinin.*) Por favor, Excelencia... perdón, señor, me he olvidado de su nombre y patronímico...

MASHA- Trae el té aquí, aya. Ahí no voy.

IRINA- ¡Aya!

ANFISA- ¡Voy!

NATASHA (*a Solióni*)- Los niños de pecho lo entienden todo. "Buenos días, Bóbik -le digo-. ¡Buenos días, cielo mío!" .Él me ha mirado de una manera especial. Usted creerá que en mí habla sólo la madre, pero no es así, no, ¡se lo aseguro! Es una criaturita excepcional.

SOLIÓNI- Si esta criaturita fuera mía, la freiría en la sartén y me la comería. (*Con un vaso en la mano, pasa al salón y se sienta en un ángulo.*)

NATASHA (*cubriéndose la cara con las manos*)- ¡Grosero, mal educado!

MASHA- Feliz quien no se da cuenta de si estamos ahora en verano o en invierno. Me parece que si viviera en Moscú, no me preocuparía para nada del tiempo...

VERSHININ- Hace unos días estuve leyendo el diario que un ministro francés escribió en la cárcel. El ministro había sido condenado por el asunto del canal de Panamá. Con qué gozo, con qué entusiasmo habla de los pájaros que ve por la ventana de la cárcel y en los que nunca se había fijado antes, cuando era ministro. Ahora que está de nuevo en libertad, le pasa lo que antes, no se da cuenta de los pájaros. Lo mismo le ocurrirá a usted cuando viva en Moscú: no se dará cuenta de la ciudad. La dicha no se alcanza, no existe; sólo la deseamos.

TUSENBACH (*toma una caja de la mesa*)- ¿Dónde están los bombones?

IRINA- Solióni se los ha comido.

TUSENBACH- ¿Todos?

ANFISA (*sirviendo el té*)- Carta para usted, señor.

VERSHININ- ¿Para mí? (*Toma la carta.*) Es de mi hija. (*Lee.*) Sí, naturalmente... Perdona, María Serguéievna, me voy sin despedirme. No tomaré el té. (*Se levanta agitado.*) Siempre esas eternas historias...

MASHA- ¿Qué ocurre? ¿No es un secreto?

VERSHININ (*en voz baja*)- Mi mujer ha intentado envenenarse otra vez. He de ir. Saldré sin que nadie se dé cuenta. Es terriblemente desagradable todo esto. (*Besa la mano a Masha.*) Mi buena, mi excelente

amiga, mi amiga querida... Me iré sin llamar la atención... *(Se va.)*

ANFISA- Pero ¿adónde se ha ido? Y yo, que acabo de servirle el té... ¡Qué hombre!

MASHA *(irritándose)*- ¡Basta! Siempre estás importunando, no dejan en paz a nadie. . *(Se va hacia la mesa con la taza de té.)* ¡Me tienes harta ya, vieja!

ANFISA- ¿Por qué te enfadas? ¡Querida!

Voz de Andréi: "¡Anfisa!" *(imitándole.)* ¡Anfisa! Allí está, encerrado... *(Se va).*

MASHA *(en la sala, junto a la mesa, irritada)*- ¡Hacedme sitio! *(Mezclando las cartas encima de la mesa.)* Os habéis acomodado a gusto, con vuestras cartas. ¡Bebed el té!

IRINA- Eres mala, Masha.

MASHA- Si soy mala, no habléis conmigo. ¡No me toquéis!

CHEBUTIKIN *(riéndose)*- No la toquen, no la toquen...

MASHA- Usted tiene sesenta años y, como si fuera un muchachito, siempre está desbarrando y diciendo el diablo sabe qué cosas.

NATASHA *(suspirando)*- Querida Masha, ¿por qué empleas estas expresiones en la conversación? Hermosa como eres, en las reuniones de la buena so-

ciudad serías encantadora, te lo digo con toda franqueza, si no fuera por estas palabras que usas. *Je vous prie, pardonnez moi, Marie, mais vous avez des manieres un peu grossieres.*

TUSENBACH (*conteniendo la risa*)- Denme... denme... Me parece que allí veo coñac...

NATASHA- *Il parait, que mon Bobik déjá ne dort pas,* se ha despertado. Hoy lo tengo malucho. Voy a verle, perdonen... (*Sale.*)

IRINA- ¿Y adónde se ha ido Alexandr Ignátich?

MASHA- A su casa. Algo extraordinario le pasa otra vez con su mujer.

TUSENBACH (*se acerca a Solióni con una garrafita de coñac en la mano*)- Usted siempre está solo, siempre está pensando en algo sin que nadie sepa de qué se trata. Bueno, vamos a hacer las paces. ¡A beber un poco de coñac! (*Beben.*) Hoy tendré que pasarme la noche tocando el piano, probablemente cosas absurdas... ¡Qué le vamos a hacer!

SOLIÓNI- ¿Por qué hacer las paces? Usted y yo no hemos reñido.

TUSENBACH- Siempre despierta usted en mí la impresión de que algo ha ocurrido entre nosotros. Usted tiene un carácter extraño, hay que reconocerlo.

SOLIÓNI (*declamando*)- “¡Yo soy extraño, pero quién no lo es! ¡No te enfades, Aleko!”

TUSENBACH- ¿A qué viene aquí lo de Aleko?...
(*Pausa.*)

SOLIÓNI- En compañía de otra persona soy como todos, pero en sociedad me siento alicaído, cohibido, y... digo barbaridades. Pero, de todos modos, soy más honesto y honrado que muchos y muchos otros. Puedo demostrarlo.

TUSENBACH- A menudo me enfado con usted porque siempre la toma conmigo cuando estamos en sociedad; de todos modos, me resulta simpático, no sé por qué. Como sea, pero hoy me emborracho. ¡Bebamos!

SOLIÓNI- Bebamos. (*Beben.*) Contra usted, barón, nunca he tenido nada. Pero mi carácter es un poco como el de Lérmontov. (*En voz baja.*) Hasta me parece un poco a Lérmontov... según dicen (*Saca del bolsillo un frasco de perfume y se echa un poco en las manos.*)

TUSENBACH- He pedido el retiro. ¡Basta! Lo he estado pensando durante cinco años y por fin me he decidido. Trabajaré.

SOLIÓNI (*declamando*)- “No te enfades, Aleko...
Olvida, olvida tus sueños. . .”

Mientras ellos hablan, ANDRÉI entra con un libro en la mano y se sienta al lado de una vela.

TUSENBACH- Trabajaré.

CHEBUTIKIN (*pasando al salón, con Irina*)- Los platos también eran auténticamente caucasianos: sopa con cebolla y como plato de carne *chejartmá*.

SOLIÓNI- *Cheremshá*; y no es carne, ni mucho menos, sino una especie de cebolla.

CHEBUTIKIN- No, ángel mío. *El chejartmá* no es cebolla, sino un asado de Cordero.

SOLIÓNI- Yo le digo que el *cheremshá* es una cebolla.

CHEBUTIKIN- Yo le digo que el *chejartmá* es cordero.

SOLIÓNI- Yo le digo que el *cheremshá* es cebolla.

CHEBUTIKIN- ¡A qué discutir! Usted no ha estado nunca en el Cáucaso y no ha comido *chejartmá*.

SOLIÓNI- No lo he comido porque no lo puedo sufrir. *El cheremshá* deja un olor como el del ajo.

ANDRÉI (*suplicante*)- ¡Basta, señores! ¡Se lo suplico!

TUSENBACH- ¿Cuándo vienen las máscaras?

IRINA- Han prometido venir a eso de las nueve; están por llegar.

TUSENBACH (*abrazando a Andréi, se pone a cantar*)-
“Oh, casita, mi casita, casita nueva mía. . .”

ANDRÉI (*baila y canta*)- “Casita nueva, casita de arce...”

CHEBUTIKIN (*baila*)- “¡Enrejada!” (*Risas.*)

TUSENBACH (*besa a Andréi*)- ¡Diablos! ¡A beber, Andriusha! Vamos a beber y a tratarnos de tú. Iré a Moscú contigo, Andriusha, a la universidad.

SOLIÓNI- ¿A cuál? En Moscú hay dos universidades.

ANDRÉI- En Moscú hay una universidad.

SOLIÓNI- Pues yo te digo que hay dos.

ANDRÉI- Bueno, pues que sean tres. Tanto mejor.

SOLIÓNI- ¡En Moscú hay dos universidades! (*Murmullos y siseos.*) En Moscú hay dos universidades: la vieja y la nueva. Pero si no les place escucharme, si mis palabras les irritan, puedo poner punto en boca. Y hasta puedo irme a otra estancia... (*Sale por una de las puertas.*)

TUSENBACH- ¡Bravo, bravo! (*Se ríe.*) Empiecen, señores, ¡me pongo al piano! ¡Qué divertido este Solióni!... (*Se sienta al piano, toca un vals.*)

MASHA (*baila el vals sola*)- ¡El barón está borracho, el barón está borracho, el barón está borracho!

Entra NATASHA.

NATASHA *(a Chebutikin)*- ¡Iván Románich! *(Dice algo a Chebutikin, después se va silenciosamente; Chebutikin da una palmadita a Tusenbach en el hombro y le susurra algo al oído.)*

IRINA- ¿Qué pasa?

CHEBUTIKIN- Es hora de irse. ¡Hasta más ver!

TUSENBACH- Buenas noches. Es hora de irse.

IRINA- Perdonen... ¿Y las máscaras?

ANDRÉI *(confuso)*- No habrá máscaras. Verás, querida, Natasha dice que Bóbik no está muy bien y por esto... En fin, no sé; a mí me da lo mismo.

IRINA *(encogiéndose de hombros)*- ¡Qué Bóbik no está bien!

MASHA- Total ¿qué? ¡Nada importa! Si nos echan, no hay más remedio que irse. *(A Irina.)* No es Bóbik quien está enfermo, es ella. . . ¡De aquí! *(Se da unos golpecitos en la frente con el dedo.)* ¡Burguesota!

Andréi vuelve a su habitación por la puerta derecha;
Chebutikin le sigue; los de la sala se despiden.

FEDÓTIK- ¡Qué lástima! Esperaba pasar bien la velada, pero si el pequeñuelo está enfermo, claro... Mañana le traeré un juguete.

RODE (*en voz alta*)- Hoy, precisamente, he echado una buena siesta después de comer creyendo que me pasaría la noche bailando. ¡Si no son más que las nueve!

MASHA- Salgamos a la calle, allí hablaremos, decidiremos lo que vamos a hacer.

Se oye: “¡Adiós! ¡Que siga bien!” Se oye la risa alegre de Tusenbach. Se van todos. Anfisa y la Doncella recogen los manteles, apagan las velas. Se oye cantar al aya. Entran en silencio ANDRÉI, con abrigo y sombrero, y CHEBUTIKIN

CHEBUTIKIN- No he tenido tiempo de casarme porque la vida me ha pasado como un relámpago, y también porque amaba locamente a tu madre, que ya estaba casada...

ANDRÉI- No hay que casarse, no. Es aburrido.

CHEBUTIKIN- Sí, así es, pero la soledad... Puedes filosofar lo que quieras, pero la soledad es una cosa terrible, amigo mío... Aunque en el fondo... desde luego; ¡da absolutamente lo mismo!

ANDRÉI- Vámonos, démonos prisa.

CHEBUTIKIN- ¿Para qué apresurarse? Nos sobra tiempo.

ANDRÉI- Tengo miedo de que mi mujer no me deje salir.

CHEBUTIKIN- ¡Ah!

ANDRÉI- Hoy no jugaré, me dedicaré a mirar, nada más. No me siento bien... ¿Qué puedo hacer, Iván Románich, contra el asma?

CHEBUTIKIN- ¡Vaya pregunta! No lo recuerdo, amigo mío. No lo sé.

ANDRÉI- Pasemos por la cocina.

Tocan la campanilla, vuelven a tocarla; se oyen voces, risas. Salen.

IRINA (*entra*)- ¿Quién hay?

ANFISA (*en voz baja*)- ¡Las máscaras! (*Tocan la campanilla.*)

IRINA- Ayita, diles que en casa no hay nadie. Que perdonen.

Anfisa sale. Irina camina pensativa por la habitación; está agitada. Entra SOLIÓNI.

SOLIÓNI (*perplejo*)- No hay nadie... Pero ¿adónde se han ido?

IRINA- A sus casas.

SOLIÓNI- Qué extraño. ¿Está usted sola aquí?

IRINA- Sola. (*Pausa.*) Adiós.

SOLIÓNI- Hace un momento me he comportado mal, con poco tacto. Pero usted no es como los demás, usted tiene un alma noble y pura, usted ve la verdad... Usted, y sólo usted, puede comprenderme. La amo, la amo con amor profundo, infinito...

IRINA- ¡Adiós! Váyase.

SOLIÓNI- No puedo vivir sin usted. (*Acercándosele.*) ¡Oh, bien mío! (*Entre lágrimas.*) ¡Oh, felicidad! Ojos espléndidos, maravillosos, sorprendentes, como no he visto en ninguna otra mujer...

IRINA (*fríamente*)- ¡Basta, Vasili Vasílich!

SOLIÓNI- Le hablo de mi amor por primera vez y es como si no me encontrara en la Tierra, sino en otro planeta. (*Se pasa la mano por la frente.*) Pero es inútil, a la fuerza no se hace uno amar, naturalmente... Pero no debo tener rivales más afortunados.. . No debo tenerlos... Le juro por todos los santos que a un rival, lo mato... ¡Oh, qué maravillosa!

NATASHA pasa con una vela en la mano.

NATASHA (*mira por una puerta, luego por otra y pasa por delante de la que da a la habitación del marido*)- Aquí está Andréi. Que lea. Perdona, Vasili Vasilich, no sabía que estuviera usted aquí y he salido con la ropa de casa.

SOLIÓNI- Me da lo mismo. ¡Adiós! (*Sale.*)

NATASHA- Estás cansada, querida. ¡Pobre pequeñita mía! (*Besa a Irina.*) Deberías acostarte más temprano.

IRINA- ¿Bóbik duerme?

NATASHA- Duerme. Pero tiene un sueño agitado. A propósito, querida, quería decirte... pero, unas veces porque no estás, otras porque yo estoy ocupada... Me parece que la habitación que ocupa ahora Bóbik, para él resulta fría y húmeda. La tuya, en cambio, ¡es tan buena para el niño! Querida, adorada, ¡trasládate de momento a la de Olga!

IRINA (*sin comprender*)- ¿Adónde?

Se oyen los cascabeles de una troica que se acerca y se detiene ante la puerta de la casa.

NATASHA- Podrías estar por cierto tiempo en la misma habitación de Olga, y en la tuya pondríamos

a Bóbik. Es tan gracioso. Hoy le he dicho: "Bóbik, eres mío, ¡mío!" Y él me ha mirado con sus ojitos. *(Suenan las campanillas.)* Será Olga. ¡Qué tarde vuelve!

La DONCELLA se acerca a Natasha y le susurra unas palabras al oído.

NATASHA- ¿Protopópov? ¡Qué excéntrico! Ha venido Protopópov, me invita a dar un paseo en troica. *(Se ríe.)* Qué extraños son estos hombres... *(Suenan las campanillas.)* Alguien ha venido. ¿Y si fuera a dar un paseito de un cuartito de hora?... *(A la doncella.)* Dile que ahora voy. *(Las campanillas.)* Llaman... será Olga. *(Sale.)*

La Doncella se va corriendo: Irina permanece sentada, pensativa: entran KULIGUIN y OLGA; tras ellos, VERSHININ.

KULIGUIN- Pero ¿qué pasa aquí? Si decían que habría fiesta.

VERSHININ- Es extraño, he salido hace poco, hará una media hora, y esperaban máscaras...

IRINA- Se han ido todos.

KULIGUIN- ¿Y Masha se ha ido también? ¿Adónde ha ido? ¿Y por qué Protopópov está esperando abajo, en una troica? ¿A quién espera?

IRINA- No me hagan preguntas. Estoy cansada.

KULIGUIN- Vaya, la caprichosa

OLGA- Acaba de terminar la reunión del claustro. Estoy rendida. Nuestra directora está enferma y ahora yo la sustituyo. ¡Ah, la cabeza, la cabeza... cómo me duele!...(Se sienta.) Andréi ayer perdió doscientos rublos jugando a las cartas... Es la comidilla de la ciudad...

KULIGUIN- Sí, también yo me he fatigado en el claustro. (Se sienta.)

VERSHININ- Mi mujer se había propuesto asustarme y por poco se envenena. Todo se ha arreglado y estoy contento, ahora descanso... ¿Así, pues, hay que irse? Qué le vamos a hacer, permítame que me despida. Fiódor Ilich, vámonos a alguna parte. No puedo quedarme en casa, no puedo de ningún modo... ¡Vámonos!

KULIGUIN- Estoy cansado. No voy. (Se levanta.) Estoy cansado. ¿Se ha ido a casa mi mujer?

IRINA- Seguramente.

KULIGUIN (*besa la mano a Irina*)- Adiós. Mañana y pasado mañana, a descansar todo el día. Que le vaya

bien. (*Da unos pasos.*) Qué bien me vendría una taza de té. Confiaba pasar la velada en buena compañía y... *o, fallacem hominum spem!*⁴... La exclamación requiere acusativo...

VERSHININ- Así pues, me iré solo. (*Sale con Kulíguin, silbando.*)

OLGA- La cabeza me duele, la cabeza... Andréi ha perdido... es la comidilla de la ciudad... Voy a acostarme. (*Da unos pasos.*) Mañana estoy libre... ¡Oh, Dios mío, qué agradable es esto! Mañana estaré libre, pasado mañana también ... La cabeza me duele, la cabeza ... (*Sale.*)

IRINA (*sola*)- Todos se han ido. No queda nadie.

En la calle tocan un acordeón; el aya canta.

NATASHA (*con abrigo de pieles y gorro atraviesa la sala; la sigue la doncella*)- Dentro de media hora estaré en casa. Sólo voy a dar una pequeña vuelta. (*Sale.*)

IRINA (*queda sola, con angustia*)- ¡A Moscú! ¡A Moscú! ¡A Moscú!

Telón.

⁴ “¡Oh, falaz esperanza de los hombres!”

ACTO TERCERO

Habitación de Olga e Irina. A izquierda y a derecha, camas tras sendos biombos. Son algo más de las dos de la madrugada. Se oye tocar a rebato a causa de un incendio iniciado ya hace mucho. Se ve que en la casa aún no se ha acostado nadie. MASHA, vestida de negro, como de costumbre, se ha tendido en un diván. Entran OLGA y ANFISA.

ANFISA- Ahora están sentadas abajo, al pie de la escalera... Les digo "subid, no podéis quedaros aquí de este modo". Lloran. "No sabemos - dicen - dónde está papá. No quiera Dios -dicen- que haya muerto abrasado." ¡Qué ocurrencias! Y en el patio hay otras... también medio desnudas.

OLGA (*saca unos vestidos del armario*)- Torna este gris... Y éste también... La blusa... Y toma esta falda,

aya... ¡Qué desgracia, Dios mío! Parece que la callejuela Kirsánovski ha ardido por completo... Toma esto... Toma esto... *(Le va echando la ropa en los brazos.)* Qué miedo han tenido los Vershinin, pobrecitos. . . Por poco les arde la casa. Que pasen esta noche aquí... no se les puede dejar que vuelvan a su casa... Al pobre Fedótik se le ha quemado todo, no le queda nada...

ANFISA- Tendrías que llamar a Ferapont, Oliushka, no podré llevarlo todo...

OLGA *(toca una campanilla)*- Es inútil tocar... *(Grita por la puerta.)* ¿Hay alguien por ahí? ¡A ver, venid! *(Por la puerta se ve una ventana, roja por el resplandor del incendio; se oye pasar a los bomberos por delante de la casa.)* ¡Qué espanto! ¡Y qué cansada estoy de todo esto!

Entra FERAPONT

Toma, llévalo... Al pie de la escalera están las señoritas Kilitilin... dáselo. Dales también esto...

FERAPONT- Está bien. En el año doce, también ardió Moscú. ¡Señor, Dios mío!, los franceses no salían de su asombro.

OLGA- Vete, vete...

FERAPONT- Está bien. *(Sale.)*

OLGA- Aya, querida, dalo todo. Nosotras no necesitamos nada, dalo todo, aya. . . Estoy cansada, apenas me sostengo en pie... A los Vershinin no se les puede dejar volver a su casa... Las niñas se acostarán en la gran sala y Alexandr Ignátich, abajo, en el cuarto del barón... A Fedótik también lo colocaremos en el cuarto del barón o en nuestra sala... El doctor, como hecho adrede, está borracho como una cuba y en su casa no se puede meter a nadie. La mujer de Vershinin, también en el salón.

ANFISA (*extenuada*)- Oliushka, ángel mío, ¡no me echés!

OLGA- ¡Qué tonterías dices, aya! Nadie quiere echarte.

ANFISA (*le apoya la cabeza en el pecho*)- Alma mía, tesoro mío, yo trabajo, hago lo que puedo... Cuando ya no pueda más, todos dirán: ¡fuera! ¿Y adónde voy a ir? ¿Adónde? Tengo más de ochenta años. He cumplido ya ochenta y uno...

OLGA- Siéntate, aya... Estás cansada, pobrecita... (*La hace sentar.*) Descansa, aya mía. ¡Qué pálida te has quedado!

Entra NATASHA.

NATASHA- Dicen que se ha de organizar cuanto antes un comité de ayuda a los damnificados. Es una excelente idea, ¿verdad? A la gente pobre hay que ayudarle siempre; esto es un deber de los ricos. Bóbik y Sófochka duermen, como si no ocurriera nada. Nuestra casa está llena de gente, por todas partes tropiezas con alguien. Ahora hay gripe en la ciudad; me da miedo que los niños se contagien.

OLGA (*sin escucharla*)- Desde esta habitación el incendio no se ve, aquí está todo tranquilo...

NATASHA- Sí... Debo estar despeinada. (*Mirándose en el espejo.*) Dicen que he engordado... ¡no es verdad! ¡Ni pizca! Masha duerme, ha quedado rendida, la pobre... (*A Anfisa, con frialdad.*) ¡En mi presencia no te atrevas a permanecer sentada! ¡Levántate! ¡Fuera de aquí! (*Anfisa sale; pausa.*) ¡No comprendo por qué tienes a esta vieja!

OLGA (*estupefacta*)- Perdona, yo tampoco comprendo...

NATASHA- Aquí no tiene nada que hacer. Es una campesina, que viva en el campo.. ¡Qué complicaciones son éstas! ¡A mí me gusta que en casa haya orden! En una casa no ha de haber gente superflua. (*Acariciándole una mejilla.*) ¡Qué cansada estás, pobre-

cita! ¡Nuestra directora está cansada! Cuando mi Sófochka crezca y vaya al gimnasio, te tendré miedo.

OLGA- No seré directora.

NATASHA- Te van a nombrar, Olechka. Está decidido.

OLGA- Me negaré. No puedo... Es superior a mis fuerzas... *(Bebe un poco de agua.)* Ahora has tratado con tanta grosería al aya... Perdona, no estoy en condiciones de soportarlo... se me ha enturbiado la vista...

NATASHA *(agitada)*- Perdona, No quería causarte ninguna pena.

Masha se levanta, toma la almohada y se va, irritada.

OLGA- Compréndelo, querida. . nosotras quizás hemos sido educadas de una manera extraña, pero esto no puedo soportarlo. Semejante trato me oprime, me pone enferma... ¡se me cae el alma a los pies, sencillamente!

NATASHA- Perdona, perdona... *(La besa.)*

OLGA- Toda grosería, por pequeña que sea, toda palabra dicha sin delicadeza, me altera...

NATASHA- A menudo digo cosas que no debería decir, es verdad, pero has de reconocer, querida, que ella podría vivir en el campo.

OLGA- Lleva ya treinta años en casa.

NATASHA- ¡Pero ahora no puede trabajar! O yo no comprendo o eres tú la que no quieres comprender. Ya no está en condiciones de poder hacer nada, se pasa el tiempo durmiendo o sentada.

OLGA- Bueno, que esté sentada.

NATASHA (*sorprendida*)- ¿Cómo que esté sentada? ¡Si forma parte del servicio! (*Entre lágrimas.*) No te comprendo, Olia. Tengo aya, tengo nodriza, tenemos doncella, cocinera... ¿Para qué queremos, además, a esta vieja? ¿Para qué?

Se oye tocar a rebato.

OLGA- Esta noche he envejecido diez años.

NATASHA- Hemos de ponernos de acuerdo, Olia. Tú, en el gimnasio; yo, en casa; tú tienes tus lecciones, yo me ocupo de la casa. Y si yo hablo del servicio, sé lo que me digo: sé-lo-que-me-di-go... Y que mañana no vea aquí a esta vieja ladronzuela, a esta vieja inútil... (*pataleando*) ¡a esta bruja!... ¡Cuidado, no me exasperéis! ¡Cuidado! (*Dominándose.*) La verdad,

si no te instalas abajo, siempre estaremos regañando. Es espantoso.

Entra KULIGUIN.

KULIGUIN- ¿Dónde está Masha? Ya es hora de volver a casa. Dicen que el incendio está dominado. *(Se estira.)* Sólo ha ardido una manzana, y eso que hacía viento y al principio parecía que iba a arder toda la ciudad. *(Se sienta.)* Estoy cansado, Oliechka, simpática... A menudo pienso: de no haberme casado con Masha, me habría casado contigo, Olechka. Eres muy buena... Estoy que no puedo más. *(Se pone a escuchar.)*

OLGA- ¿Qué pasa?

KULIGUIN- Como hecho adrede, el doctor tiene una mona, está borracho perdido. ¡Como hecho adrede! *(Se levanta.)* Me parece que viene hacia aquí... ¿Oís? Sí, viene ... *(Se ríe.)* Qué hombre, la verdad ... Me escondo. *(Va hacia el armario y se esconde en un ángulo.)* ¡Qué bandido!

OLGA- Hacía dos años que no bebía y ahora, de pronto, se ha puesto como una cuba... *(Se retira con Natasha al fondo de la habitación.)*

Entra CHEBUTIKIN; atraviesa la estancia sin tambalearse, como si no estuviera borracho; se detiene, mira a un lado y a otro, luego se acerca al lavabo y empieza a lavarse las manos.

CHEBUTIKIN (*sombrío*)- ¡Que se vayan todos al diablo...! ¡Al diablo!... Creen que soy un doctor, que sé curar todas las enfermedades, y no sé absolutamente nada, he olvidado lo que sabía, no recuerdo nada, absolutamente nada. (*Olga y Natasha salen sin que él se dé cuenta.*) ¡Al diablo! El miércoles pasado, en Zásip, cuidé una mujer: ha muerto y yo soy el culpable de su muerte. Sí... Veinticinco años atrás, sabía algo, pero ahora no recuerdo nada. Nada. Quizá no soy una persona y sólo hago ver que tengo brazos, piernas y cabeza; quizá ni siquiera existo y sólo me parece que ando, como y duermo. (*Llora.*) ¡Oh, si pudiera no existir! (*Deja de llorar, sombrío.*) El diablo sabe... Anteayer hablábamos en el club de Shakespeare, de Voltaire... Yo no los he leído, no he leído nada, y me daba aires de entenderlo. Otros hacían como yo. ¡Qué vulgaridad! ¡Qué bajeza! Entonces me acordé de aquella mujer del miércoles a la que mandé al otro mundo... lo recordé todo y se me

quedó el alma rota, me sentí asqueroso, abominable... entonces bebí y me emborraché...

Entran IRINA, VERSHININ, y TUSENBACH;
éste va vestido de civil; lleva un traje nuevo, a la
moda.

IRINA- Nos sentamos en este lugar. Aquí no entrará nadie.

VERSHININ- De no haber sido por los soldados, habría ardido toda la ciudad. ¡Buenos mozos! (*Se frota las manos de satisfacción.*) ¡Son oro puro! ¡Oh, qué mozos más buenos!

KULIGUIN (*acercándoseles*)- ¿Qué hora es, señores?

TUSENBACH- Son más de las tres. Comienza a apuntar el día.

IRINA- Todos están en la sala, nadie se va. Allí está también su Solióni... (*A Chebutikin.*) Usted, doctor, debería irse a dormir.

CHEBUTIKIN- No importa. . . Agradecido. (*Se peina la barba.*)

KULIGUIN (*riéndose*)- ¡Ha empinado el codo, Iván Románich! (*Dándole unas palmaditas en el hombro.*) ¡Bravo! *In vino veritas*, decían los antiguos.

TUSENBACH- Me han pedido con insistencia que organice un concierto a beneficio de los damnificados.

IRINA- Pero ¿con quién?

TUSENBACH- Se podría organizar, si se quisiera. Creo que María Serguéievna toca el piano maravillosamente.

KULIGUIN- ¡Toca maravillosamente!

IRINA- Lo ha olvidado. Lleva tres años sin tocar... o cuatro.

TUSENBACH- En esta ciudad nadie entiende de música, ni un alma, pero yo sí y le aseguro con palabra de honor que María Serguéievna toca espléndidamente, casi de manera genial.

KULIGUIN- Así es, barón. A Masha yo la quiero mucho. Es excelente.

TUSENBACH- Saber tocar con tanta perfección y al mismo tiempo tener conciencia de que nadie te comprende, ¡nadie!

KULIGUIN (*suspira*)- Sí.. . Pero, ¿estará bien que ella participe en un concierto? (*Pausa.*) Señores, yo no lo sé. Quizá esté bien. He de reconocer que nuestro director es una buena persona, una persona muy buena e inteligente, pero tiene unas opiniones... Desde luego, esto no es cosa suya, pero, de todos

modos, si ustedes quieren, lo mejor será que le hable.

Chebutikin toma un reloj de porcelana y lo examina.

VERSHININ- En el incendio me he tizado de pies a cabeza, estoy hecho un adefesio. (*Pausa.*) Ayer oí decir que piensan trasladar nuestra brigada a algún destino lejano. Unos dicen que al reino de Polonia; otros creen que a Chitá, en la Siberia Oriental.

TUSENBACH- También yo lo he oído decir. Bueno, si es así, la ciudad quedará desierta.

IRINA- ¡También nosotras nos iremos!

CHEBUTIKIN (*deja caer el reloj, que se rompe*)- ¡Se ha hecho añicos!

Pausa; todos se quedan disgustados y confusos.

KULIGUIN (*recogiendo los fragmentos*)- ¡Romper un objeto de tanto valor! ¡Ah, Iván Románich, Iván Románich! ¡Cero con menos en conducta!

IRINA- Era el reloj de nuestra difunta madre.

CHEBUTIKIN- Es posible... ¿De mamá? Pues será de mamá. Es posible que no lo haya roto, sino que sólo parezca que lo he roto. Es posible que a noso-

tros sólo nos parezca que vivimos y, en realidad, no existamos. No sé nada, nadie sabe nada. (*junto a la puerta.*) ¿Qué miran? Natasha tiene sus amoríos con Protopópov y ustedes no lo ven... Ustedes están aquí y no ven nada, pero Natasha tiene amoríos con Protopópov... (*Canta.*) ¿No quieren tomarse esta píldora? ... (*Sale.*)

VERSHININ- Sí ... (*Riendo.*) ¡Qué raro es todo esto, en el fondo! (*Pausa.*) Cuando se ha iniciado el incendio, me he ido a casa a toda prisa: llego y veo que nuestra casa está intacta y fuera de peligro, pero mis dos pequeñas habían salido al umbral de la puerta, en camisa, y la madre no estaba; la gente iba de un lado para otro, pasaban caballos y perros corriendo, y las caras de las niñas tenían una expresión de inquietud, de terror, de súplica, no sé de qué; se me ha encogido el corazón al ver aquellas caras. Dios mío, pienso, ¡lo que tendrán que ver aún estas criaturitas en el transcurso de su larga vida! Las cojo, me echo a correr y no pienso más que en una cosa: ¡lo que tendrán que ver aún en este mundo! (*Se oye tocar a rebato; pausa.*) Llego aquí, y encuentro a su madre, que grita y se enoja.

MASHA entra con la almohada y se sienta en el diván.

Cuando mis niñas estaban medio desnudas en el umbral de la puerta y la calle quedaba roja por el resplandor del fuego y por todas partes había un ruido espantoso, he pensado que algo por el estilo debía de suceder muchos años atrás, cuando inesperadamente aparecía el enemigo y saqueaba e incendiaba... De todos modos, ¡qué diferencia, en el fondo, entre ahora y entonces! Pasará un poco más de tiempo, doscientos o trescientos años más, y la vida nuestra de hoy será vista con espanto y con burla; todo lo actual parecerá torpe, pesado, muy incómodo y extraño. ¡Oh, probablemente, qué vida será esa, qué vida! (*Riéndose.*) Perdón, otra vez me he puesto a filosofar. Pero permítanme continuar, señores. Siento enormes deseos de filosofar, este es ahora mi estado de ánimo. (*Pausa.*) Parece que todos están durmiendo. Pues decía: ¡qué vida será ésa! Ustedes sólo pueden imaginárselo... Mujeres como ustedes en la ciudad ahora sólo hay tres, pero en las siguientes generaciones habrá más, cada vez más, y llegará un día en que todo habrá cambiado tal como ustedes desean, se vivirá como ustedes quieren que

se viva; luego, también ustedes envejecerán, nacerán gentes que serán mejores... *(Se ríe.)* Hoy me siento de un humor especial, con unos endiablados deseos de vivir... *(Canta.)* "Todas las edades se rinden al amor, cuyos impulsos son siempre saludables..." *(Se ríe.)*

MASHA- Tram-tam-tam ...

VERSHININ- Tam-tam ...

MASHA- ¿Tra-ra-rá?

VERSHININ- Tra-ta-tá. *(Se ríe.)*

Entra FEDÓTIK.

FEDÓTIK *(bailando)*- ¡Quemado estoy, quemado estoy! ¡Ni una brizna ha quedado! *(Risas.)*

IRINA- Pues vaya broma. ¿Todo ha ardido?

FEDÓTIK *(riéndose)*- No ha quedado ni una brizna, nada. Se me ha quemado la guitarra, se me han quemado las fotografías y todas las cartas... Quería regalarle un cuadernito de notas, también se ha quemado.

Entra SOLIÓNI.

IRINA- No, por favor, salga, Vasili Vasílich. Aquí no se puede entrar.

SOLIÓNI- ¿Y por qué al barón se le permite y a mí no?

VERSHININ- Verdaderamente, hay que salir. ¿Y el incendio?

SOLIÓNI- Dicen que va de baja. Sí, me parece verdaderamente extraño, ¿por qué al barón se le permite y a mí no? *(Saca un frasco de perfume y se perfuma.)*

VERSHININ- Tram-tam-tam.

MASHA- Tram-tam.

VERSHININ *(se ríe; a Solióni)*- Vámonos a la sala.

SOLIÓNI- Está bien, lo tendremos en cuenta. Podría explicar mejor el pensamiento, pero temo irritar a los gansos... *(Mirando a Tusenbach.)* Pita, pita, pita... *(Sale con Vershinin y Fedótik.)*

IRINA- Cuánto humo ha dejado este Solióni... *(Sorprendida.)* ¡El barón duerme! ¡Barón! ¡Barón!

TUSENBACH *(despertándose)*- La verdad, estoy cansado... La fábrica de ladrillos... No es que sueñe, es que pronto iré, sin falta, a la fábrica de ladrillos y me pondré a trabajar... Ya hemos hablado del asunto. *(A Irina, con ternura.)* Está usted tan pálida, es tan hermosa, tan encantadora... Me parece que su pali-

dez llena de claridad el aire oscuro, como la luz... Usted está triste, no está contenta de la vida... ¡Oh, váyase conmigo, vámonos a trabajar juntos!

MASHA- Nikolái Lvóvich, váyase de aquí.

TUSENBACH (*riéndose*)- ¿Está usted aquí? No la veo... (*Besa la mano a Irina.*) Adiós, me voy... La miro ahora y recuerdo cómo, hace tiempo, un día de su santo, animosa y contenta, hablaba usted de las alegrías del trabajo. . . ¡Y qué feliz me imaginaba yo la vida entonces! ¿Dónde está aquella vida feliz? (*Le besa la mano.*) Tiene usted lágrimas en los ojos. Acuéstese, ya empieza a romper el día... comienza la mañana... ¡Si se me permitiera dar la vida por usted!

MASHA- ¡Nicolái Lvóvich, márchese! Cómo he de decírselo....

TUSENBACH- Me voy... (*Sale.*)

MASHA (*tendiéndose sobre el diván*)- ¿Duermes, Fiódor?

KULIGUIN- ¿Eh?

MASHA- Deberías irte a casa.

KULIGUIN- Querida Masha mía, amada Masha mía...

IRINA- Está fatigada. Déjala descansar, Fedia.

KULIGUIN- Ahora me iré ... Mi buena esposa mía, encanto ... Te amo, adorada...

MASHA (*Con irritación*)- *Amo, amas, amat, amamus, amatis, amant.*

KULIGUIN (*riéndose*)- Sí, es sorprendente, maravillosa. Hace siete años que nos casamos y parece que fue ayer. Palabra de honor. Sí, la verdad, eres una mujer sorprendente. ¡Estoy contento, estoy contento, estoy contento!

MASHA- Estoy harta, estoy harta, estoy harta... (*Se incorpora y habla sentada.*) Es inútil, no puedo quitármelo de la cabeza... Es sencillamente indignante. Lo tengo metido en el cerebro como un clavo, no puedo callar. Me refiero a Andréi... Ha hipotecado esta casa en el Banco y el dinero se lo ha quedado todo su mujer. ¡Pero la casa no es sólo de él, sino de los cuatro! Él debe saberlo, si es una persona decente.

KULIGUIN- ¡Buenas ganas de pensar en ello, Masha! ¿Qué más te da? Andriusha está atrapado con todo el mundo, déjale y bendito sea Dios.

MASHA- De todos modos, es indignante. (*Se tiende en el diván.*)

KULIGUIN- Tú y yo no somos pobres. Yo trabajo, voy al gimnasio, luego doy clases particulares. Soy un hombre honesto, sencillo. *Omnia mea mecum porto*⁵, como se dice.

⁵ Todo lo mío lo llevo conmigo.

MASHA- No me falta nada, cierto, pero la injusticia me subleva. (*Pausa.*) Vete, Fiódor.

KULIGUIN (*la besa*)- Estás fatigada, descansa media horita, yo me sentaré allí y te esperaré. Duerme... (*Se aleja.*) Estoy contento, estoy contento, estoy contento. (*Sale.*)

IRINA- Sí, es cierto, qué mezquino se ha vuelto nuestro Andréi, ¡cómo se ha estropeado y cómo ha envejecido al lado de esta mujer! Hubo un tiempo en que se preparaba para ser catedrático de universidad, y ayer se vanagloriaba de haber sido nombrado, por fin, miembro de la Administración del *zemstvo*. Él es miembro de la Administración y Protopópov, presidente... Toda la ciudad habla y se ríe, él es el único que no sabe nada ni ve nada... Ya ves, todo el mundo ha corrido al lugar del incendio y él se ha quedado en su habitación, tan tranquilo. No sabe hacer otra cosa que tocar el violín. (*Nerviosamente.*) ¡Oh, es terrible, terrible, terrible! (*Llora.*) No puedo soportar esto por más tiempo... ¡No puedo, no puedo!...

OLGA entra y pone un poco de orden en su mesita.

IRINA (*estallando en sollozos*)- ¡Echadme, echadme, no puedo más!...

OLGA (*asustada*)- ¿Qué te pasa, qué te pasa? ¡Querida!

IRINA (*sollozando*)- ¿Dónde, dónde se ha perdido todo? ¿Dónde está? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Lo he olvidado todo, todo... se me ha confundido en la cabeza. . . No recuerdo cómo se dice "ventana" en italiano, o "techo". . . Lo olvido todo, cada día olvido más, y la vida se va y no volverá nunca; nunca, nunca iremos a Moscú... Ya veo que no iremos...

OLGA- Querida, querida...

IRINA (*conteniéndose*)- Oh, qué desgraciada soy... No puedo trabajar, no trabajaré más. ¡Basta, basta! Fui telegrafista, ahora estoy empleada en la administración municipal y siento odio y desprecio por todo lo que me dan a hacer... Voy ya para los veinticuatro años, trabajo hace tiempo y se me ha secado el cerebro, me he quedado delgada, fea, vieja, sin ninguna satisfacción, ninguna, ninguna, pero el tiempo pasa y me parece que cada vez me alejo más de la vida auténtica y hermosa, que avanzo cada vez más hacia un abismo. Estoy desesperada y no comprendo cómo todavía vivo, cómo no me he matado aún...

OLGA- No llores, pequeña mía, no llores... Me haces sufrir.

IRINA- Ya no lloro, no lloro... Basta... Mira, ya no lloro. Basta ... ¡Basta!

OLGA- Querida, te lo digo como hermana, como amiga, si quieres seguir mi consejo, cástate con el barón.

Irina llora silenciosamente.

Tú le respetas, le tienes en alta estima... Cierto, no es hermoso, pero es tan decente, tan puro... Se toma esposo no sólo por amor, sino también para cumplir un deber. Por lo menos yo lo creo así y me habría casado sin amor. Habría aceptado no importa a quién, mientras hubiera sido un hombre honesto. Hasta con un viejo me habría casado.

IRINA- Siempre esperaba que nos trasladáramos a Moscú y allí habría encontrado al hombre de mi vida; soñaba con él, lo amaba... Pero resulta que todo esto no son más que tonterías, tonterías...

OLGA (*abrazo a su hermana*)- Querida mía, encantadora hermana mía, lo comprendo todo, cuando el barón Nikolái Lvóvich se retiró del servicio militar y vino a vernos de paisano, me pareció tan feo que

hasta me puse a llorar. Me preguntó: “¿Porqué llora?” ¡Cómo se lo iba a decir! Pero si Dios hiciera que se casara contigo, me sentiría feliz. Porque en estos casos lo que cuenta es otra cosa, completamente distinta.

NATASHA, con una vela en la mano, atraviesa la escena, entra por la puerta de la derecha y sale por la de la izquierda sin decir nada.

MASHA (*sentándose*)- Camina como si fuera ella la que ha pegado fuego a la ciudad.

OLGA- Eres una tonta, Masha. La más tonta de la familia eres tú, y perdona. (*Pausa.*)

MASHA- Quiero confesaros una cosa, queridas hermanas. Tengo el alma atormentada. Os lo confesaré a vosotras y no lo diré a nadie más, nunca. .. Os lo diré todo en seguida (*En voz baja.*) Es mi secreto, pero vosotras debéis saberlo todo... No puedo callar. (*Pausa.*) Amo, amo..

Amo a este hombre... Acabáis de verle... Bueno, sí... En una palabra, amo a Vershinin...

OLGA (*se va a su cama detrás del biombo*)- Deja esto. De todos modos no te oigo.

MASHA- ¡Qué hacer! (*Se lleva las manos a la cabeza.*)

Al principio me parecía raro, luego me dio pena... después comencé a amarlo... le amé por su voz, por sus palabras, por sus desgracias, por sus dos hijitas...

OLGA (*tras el biombo*)- De todos modos, no oigo. Puedes decir las tonterías que quieras, de todos modos no oigo.

MASHA- Qué boba eres, Olia. Si amo, quiere decir que éste es mi destino. Quiere decir que mi hado es éste... Y él también me quiere... Todo esto es terrible, ¿eh? ¿Verdad que no está bien esto? (*Coge a Irina del brazo y la atrae hacia sí.*) Querida... ¿cómo viviremos? ¿Qué será de nosotras? Cuando lees una novela, te parece que todo es viejo y está claro, pero cuando eres tú misma la que amas, entonces ves que nadie sabe nada y que cada uno ha de resolver por sí mismo... Queridas hermanas mías... Os lo he confesado todo, ahora callaré... Ahora seré como el loco descrito por Gógol... silencio... silencio...

Entra ANDRÉI, seguido de FERAPONT.

ANDRÉI (*irritado*)- ¿Qué quieres? No te comprendo.

FERAPONT (*en la puerta, impaciente*)- Se lo he dicho ya una decena de veces, Andréi Serguéievich.

ANDRÉI- ¡En primer lugar, para ti no soy Andréi Serguéievich, sino Su Señoría!

FERAPONT- Los bomberos, Su Señoría, piden que se les deje pasar por el jardín para ir al río. Si no, han de dar toda la vuelta con las cubas, es un tormento.

ANDRÉI- Está bien. Diles que está bien. (*Ferapont se va.*) Estoy hasta la coronilla. ¿Dónde está Olga?

OLGA sale de detrás del biombo.

He venido a verte a ti, dame la llave del armario, he perdido la mía. Tú tienes una llavecita pequeña.

Olga le da la llave, sin decir nada; Irina se retira a su cama, tras el biombo; pausa.

ANDRÉI- ¡Qué incendio más enorme! Ahora ha empezado a ceder. Diablo, ese Ferapont me ha sacado de quicio; le he dicho una estupidez... Su Señoría... (*Pausa.*) ¿Por qué no dices nada, Olia? (*Pausa.*) Ya es hora de dejarse de estupideces y no ponerse de morros sin razón alguna. Tú, Masha, estás aquí,

tú también, Irina; magnífico, vamos a poner las cosas en claro, de una vez para siempre. ¿Qué tenéis contra mí? ¿Qué?

OLGA- Deja, Andriusha. Mañana nos explicaremos. (*Inquietándose.*) ¡Qué noche más espantosa!

ANDRÉI (*muy confuso*)- No te inquietes. Os lo pregunto con la mayor calma: ¿qué tenéis contra mí? Decidlo francamente.

Voz de Vershinin: "¡Tram-tam-tam!"

MASHA (*se levanta; en voz alta*)- ¡Tra-ta-tá! (*A Olga.*) Adiós, Olía que Dios te guarde. (*Va detrás del biombo, besa a Irina.*) Duerme tranquila... Adiós, Andréi. Vete, están fatigadas... te explicarás mañana... (*Se va.*)

OLGA- Sí, Andriusha, dejémoslo para mañana... (*Se retira detrás de .su biombo.*) Es hora de dormir.

ANDRÉI- Diré sólo lo que pensaba deciros y me iré. Ahora mismo... En primer lugar, tenéis algo contra Natasha, mi mujer; lo vengo observando desde el mismo día de mi boda. Natasha es una persona excelente, honrada, franca y noble, aquí tenéis mi opinión. Yo amo y estimo a mi mujer, ¿comprendéis?, la estimo, y exijo que los demás también la estimen. Repito, es una, persona honesta y noble,

y todos vuestros descontentos, perdonad, no son más que caprichos... *(Pausa.)* En segundo lugar, parece que estáis picadas conmigo porque no soy profesor y no me dedico a la ciencia. Pero estoy empleado en la Administración del *zemstvo*, soy miembro de la Administración y considero que el servicio que así presto es tan sagrado y eminente como el servir a la ciencia. Soy miembro de la Administración del *zemstvo* y me enorgullezco de ello, si queréis saberlo... *(Pausa.)* En tercer lugar... Aún he de decir... He hipotecado la casa sin haberos pedido consentimiento... En esto he obrado mal, sí, y ruego que se me perdone. Me han impelido a hacerlo así las deudas... Treinta y cinco mil rublos... Ya no juego a las cartas, hace tiempo que he dejado el juego, pero lo más importante de cuanto puedo decir en justificación mía es que vosotras sois chicas y recibís una pensión, mientras que yo no tenía ... ninguna ganancia, por decirlo así ... *(Pausa.)*

KULIGUIN *(a la puerta)*- ¿No está aquí Masha? *(Alarmado.)* ¿Pero dónde está? Qué raro... *(Sale.)*

ANDRÉI- No me escuchan. Natasha es una persona excelente, honesta,. *(Camina por la escena en silencio, luego se detiene.)* Cuando me casé creía que seríamos felices. . . que todos seríamos felices... Pero, Dios

mío... (*Llora.*) Queridas hermanas mías, queridas hermanas, no me creáis, no me creáis... (*Sale.*)

KULIGUIN (*a la puerta, alarmado*)- ¿Dónde está Masha? ¿No está aquí Masha? Qué cosa más rara. (*Sale.*)

Tocan a rebato, la escena está vacía.

IRINA (*desde detrás del biombo*)- ¡Olia! ¿Quién da golpes en el suelo?

OLGA- Es el doctor Iván Románich. Está borracho.

IRINA- ¡Qué noche más intranquila! (*Pausa.*) ¡Olia! (*Asoma la cabeza por detrás del biombo.*) ¿Lo has oído? Se llevan la brigada de aquí, la trasladan no sé dónde, lejos.

OLGA- Esto son rumores, nada más.

IRINA- Entonces nos quedaremos solas... ¡Olia!

OLGA- ¿Eh?

IRINA- Querida, mi buena hermana, respeto al barón, le estimo, es un hombre excelente, me casaré con él, estoy de acuerdo, pero ¡vámonos a Moscú!

Te lo suplico, ¡vámonos! ¡Nada hay en el mundo mejor que Moscú! ¡Vamos! ¡Olía! ¡Vámonos!

Telón

ACTO CUARTO

El viejo jardín de la casa de los Prozórov. Larga avenida de abetos, en cuyo extremo se ve el río. Al otro lado del río, un bosque. A la derecha, la terraza de la casa; en la terraza, sobre una mesa, botellas y vasos; se ve que acaban de beber champaña. Mediodía. De vez en cuando, unos transeúntes van desde la calle al río, por el jardín; pasan unos cinco soldados rápidamente. CHEBUTIKIN, de excelente humor durante todo el acto, está sentado en un sillón, en el jardín, esperando que le llamen; lleva gorra de plato y bastón. IRINA, KULIGUIN -con una condecoración al cuello y sin bigote- y TUSENBACH, de pie en la terraza, se despiden de FEDÓTIK y RODE, que bajan los peldaños de la misma; los dos oficiales llevan uniforme de campaña.

TUSENBACH (*besa a Fedótik*)- Es usted muy bueno, hemos vivido como excelentes amigos. (*Besa a Rode.*) Otra vez... ¡Adiós, querido amigo!

IRINA- ¡Hasta más ver!

FEDÓTIK- Hasta más ver, no; ¡adiós! ¡Ya no volveremos a vernos!

KULIGUIN- ¡Quién sabe! (*Se seca los ojos, se sonríe.*) Hasta yo me he puesto a llorar.

IRINA- Algún día volveremos a encontrarnos.

FEDÓTIK- ¿Dentro de diez o quince años? Mas entonces apenas nos reconoceremos, nos saludaremos fríamente... (*La fotografía.*) No se muevan... Otra vez, la última.

RODE (*abrazando a Tusenbach*)- No volveremos a vemos... (*Besa la mano a Irina.*) Gracias por todo, ¡por todo!

FEDÓTIK (*contrariado*)- Pero ¡quieto!

TUSENBACH- Quiera Dios que nos veamos. De todos modos, escribannos. Escriban sin falta.

RODE (*contemplando el jardín*)- ¡Adiós, árboles! (*Grita.*) ¡Hop-hop! (*Pausa.*) ¡Adiós, eco!

KULIGUIN- Quién sabe, a lo mejor se casan allí, en Polonia. Su mujer polaca, al abrazarle le dirá: "Kochany"⁶ (*Se ríe.*)

FEDÓTIK (*mirando el reloj*)- Nos queda menos de una hora. De nuestra batería, únicamente SOLIÓNI irá en gabarra; nosotros iremos con la tropa. Hoy se ponen en marcha tres baterías en formación divisionaria; mañana, otras tres, y entonces quedará la ciudad silenciosa y tranquila.

TUSENBACH- Y con un tedio espantoso.

RODE- Pero, ¿dónde está María Serguéievna?

KULIGUIN- Masha está en el jardín.

FEDÓTIK- Habría que despedirse de ella.

RODE- Adiós, hay que irse; si no, voy a llorar... (*Abraza rápidamente a Tusenbach y a Kuligin, besa la mano a Irina.*) Hemos pasado aquí un tiempo inolvidable...

FEDÓTIK (*A Kuligin*)- Esto, en recuerdo... Un cuadernito, con lápiz... Iremos al río por aquí. . . (*Se alejan, volviendo la cabeza.*)

RODE (*grita*)- ¡Hop-hop!

KULIGUIN (*grita*)- ¡Adiós!

⁶ Amor mío (en polaco).

En el fondo de la escena, Fedótik y Rode se encuentran con MASHA y se despiden; Masha se va con ellos.

IRINA- Se han ido... (*Se sienta en el último peldaño de la terraza.*)

CHEBUTIKIN- Se les ha olvidado despedirse de mí.

IRINA- ¿Y usted qué?

CHEBUTIKIN- Pues yo también me he olvidado en cierto modo. Pero les veré pronto; parto mañana. Sí... Me queda aún un breve día. Dentro de un año me dan el retiro, volveré aquí y viviré el resto de mi vida a su lado. Para la pensión, no me falta más que un añito... (*Mete un periódico en el bolsillo y saca otro.*) Vendré aquí, al lado de ustedes, y cambiaré radicalmente de vida. Me convertiré en una persona muy tranquilita, muy compla... ciente, muy decentita...

IRINA- Sí, debería usted cambiar de vida, amigo mío. Debería hacerlo, como fuera.

CHEBUTIKIN- Sí. Me doy cuenta de ello. (*Canta a media voz.*) Ta-rará... bum-bón... sentado estoy en un mojón...

KULIGUIN- ¡Es usted incorregible, Iván Románich! ¡Incorregible!

CHEBUTIKIN- Debería ponerme en sus manos. Entonces me corregiría.

IRINA- Fiódor se ha afeitado el bigote. ¡No puedo mirarle!

KULIGUIN- ¿Por qué?

CHEBUTIKIN- De buena gana diría a qué se parece ahora su fisonomía, pero no puedo.

KULIGUIN- ¡Qué le vamos a hacer! Es la costumbre, es el *modus vivendi*. Nuestro director se ha afeitado el bigote, yo también me lo he afeitado al ser nombrado inspector. No gusta a nadie, pero a mí me da lo mismo. Estoy contento. Tan contento estoy si llevo bigote como si no lo llevo... (*Se sienta.*)

En el fondo de la escena, pasa ANDRÉI llevando en un cochecito a una criaturita dormida.

IRINA- Iván Románich, mi buen Iván Románich, estoy terriblemente preocupada. Usted ayer estaba en el bulevar; dígame, ¿qué pasó allí?

CHEBUTIKIN- ¿Qué pasó? Nada. Tonterías. (*Lee el periódico.*) ¡Qué más da!

KULIGUIN- Dicen , al parecer, Solióni y el barón se encontraron ayer en el bulevar, cerca del teatro...

TUSENBACH- ¡Déjenlo! Bueno, basta ya... *(Hace un gesto con la mano y entra en la casa.)*

KULIGUIN- Cerca del teatro... Solióni comenzó a meterse con el barón y éste, sin poder aguantar más, le dijo algo ofensivo...

CHEBUTIKIN- No lo sé. Todo son tonterías.

KULIGUIN- Una vez, en no se qué seminario, un maestro, al pie de una composición escribió en ruso, con caracteres cirílicos: "tontería" y el alumno leyó "renixa", creyendo que estaba escrito en latín. *(Se ríe.)* ¿Da risa, no? Es sorprendente. Dicen que Solióni está enamorado de Irina y que, al parecer, odia al barón... Se comprende. Irina es una muchacha muy buena. Hasta se parece a Masha; está siempre pensativa, como ella. Sólo que tú, Irina, tienes un carácter más dulce. Aunque también Masha tiene buen carácter. Yo la amo, a Masha.

En el fondo del jardín, fuera de la escena, resuena el grito de: "¡Aú! ¡Hop, hop! "

IRINA *(se estremece)*- Hoy parece que todo me asusta. *(Pausa.)* Ya lo tengo todo preparado, y después

del almuerzo mandaré el equipaje. Mañana el barón y yo nos casamos; mañana mismo partiremos hacia la fábrica de ladrillos y pasado mañana ya estaré en la escuela; comenzará una nueva vida. Dios no dejará de ayudarme. Cuando aprobé el examen de maestra, hasta lloré de alegría, de felicidad... *(Pausa.)* Ahora vendrá el carro para recoger el equipaje...

KULIGUIN- Está bien, está bien, pero todo esto me parece poco serio. Todo son ideas, pero cosa seria, poca. De todos modos, te deseo lo mejor, con toda el alma.

CHEBUTIKIN *(enternecido)*- Niña, mi buena niña... Mi niña de oro... Ha llegado usted muy lejos, no hay manera de alcanzarla. Me he quedado rezagado, como pájaro de paso que, ya viejo, no puede volar. ¡Pero ustedes, hijas mías, vuelen, vuelen y que Dios las guarde! *(Pausa.)* Ha hecho mal Fiódor, Ilich cortándose el bigote.

KULIGUIN- ¡Basta ya de dar la lata! *(Suspirando.)* Hoy se van los militares y todo volverá a lo de antes. Digan lo que quieran. Masha es una mujer buena, honesta, yo la quiero mucho y doy gracias a mi destino. El destino de las personas es muy diverso... En contribuciones está empleado un tal Koziriov. Estudiábamos juntos; no pasó de la quinta clase del

gimnasio porque no podía comprender de ningún modo el *ut consecutivum*. Ahora se encuentra en la más negra miseria, está enfermo, y cuando le veo le digo: “Hola, *ut consecutivum*”. “Sí -me responde-, precisamente *consecutivum*”... y tose. En cambio, yo he tenido suerte toda mi vida, soy feliz, incluso he sido condecorado con la orden de San Estanislao de segundo grado y ahora soy yo quien enseña a otros ese *ut consecutivum*. Claro, yo soy un hombre inteligente, más inteligente que muchos otros, pero la felicidad no consiste en esto...

Se oye tocar al piano *La plegaria de una virgen* en el interior de la casa.

IRINA- Mañana por la tarde ya no oiré esta *Plegaria* ni me encontraré con Protopópov... (*Pausa.*) Ahora, Protopópov está ahí, en el salón, hoy también ha venido...

KULIGUIN- ¿No ha llegado aún la directora?

IRINA- No. Hemos mandado llamarla. ¡Si supiera cuán difícil me es vivir aquí sola, sin Olia!... Ella vive en el gimnasio; como es la directora, está ocupada todo el día, y yo estoy sola, me aburro, no tengo nada qué hacer, y me resulta odiosa hasta la habita-

ción en que vivo... Así que me he dicho: si no me está reservado ir a Moscú, paciencia. Esto significa que no es éste mi destino. Qué le vamos a hacer. Todo depende de la voluntad divina, ésta es la verdad. Nikolái Lvóvich me ha pedido la mano... Pues bien, he reflexionado y me he decidido. Es una buena persona, hasta sorprende que sea tan bueno... De pronto ha parecido que me habían salido alas en el alma, me he sentido más alegre, más gozosa y de nuevo me han entrado deseos de trabajar, trabajar. . . Sólo que ayer ocurrió algo y es como si sobre mi hubiera quedado suspendido un misterio...

CHEBUTIKIN- “Renixa”. Tonterías.

NATASHA (*a la ventana*)- ¡La directora!

KULIGUIN- Ha llegado la directora. Vamos.

Entra con Irina en la casa.

CHEBUTIKIN (*lee el periódico y canturrea*)- Ta-ra-rá...
bum-bón sentado estoy en un mojón...

MASHA se acerca; en el fondo de la escena,
ANDRÉI pasa con el cochecito.

MASHA- Aquí está repantigado, tan satisfecho...

CHEBUTIKIN- ¿Y qué?

MASHA (*se sienta*)- Nada... (*Pausa.*) ¿Amaba usted a mi madre?

CHEBUTIKIN- Mucho.

MASHA- ¿Y ella a usted?

CHEBUTIKIN (*después de una pausa*)- Esto ya no lo recuerdo.

MASHA- ¿El mío está aquí? Así, en otro tiempo, nuestra cocinera Marfa llamaba a su guardia municipal: "el mío". ¿El mío está aquí?

CHEBUTIKIN- Todavía no.

MASHA- Cuando uno toma la felicidad en momentos fugaces, a pedacitos, y luego la pierde, como yo, se va volviendo duro, maligno. (*Señalándose el pecho.*) Aquí tengo un avispero... (*Mirando a su hermano Andréi, que pasa con el cochecito.*) Ahí está nuestro Andréi, nuestro hermano... Todas las esperanzas se han perdido. Una vez, miles de personas levantaban una campana; se había gastado mucho trabajo y mucho dinero, pero de súbito, la campana cayó y se rompió. De súbito, sin más. Lo mismo ha ocurrido con Andréi...

ANDRÉI- ¿Cuándo, por fin, habrá tranquilidad en esta casa? ¡Qué ruido!

CHEBUTIKIN- Pronto.(*Mira el reloj*) Mi reloj es viejo, es de los que dan las horas...(Da cuerda al reloj, y éste suena) Las baterías primera, segunda y quinta parten a la una en punto. (*Pausa*) Yo me voy mañana.

ANDRÉI- ¿Para siempre?

CHEBUTIKIN- No lo sé. Quizá vuelva dentro de un año. Aunque el diablo lo sabe...da lo mismo...

Se oye tocar el arpa y el violín en algún lugar lejano.

ANDRÉI- La ciudad quedará desierta. Será como si le pusieran una tapadera.(*Pausa.*) Ayer ocurrió algo junto al teatro; todos hablan de ello y yo ni me he enterado

CHEBUTIKIN- Nada. Tonterías. Solióni empezó a meterse con el barón y éste se exaltó y le insultó; al fin, Solióni se vio obligado a retarlo en duelo.(*Mira el reloj.*) Ya es hora, me parece...A las doce y media, en el bosque del Estado, en ese que desde aquí se ve, al otro lado del río...¡Pof-paf! (*Se ríe.*) Solióni se imagina que es Lérmontov, y hasta escribe poesías. Bromas aparte, éste es ya su tercer duelo.

MASHA- ¿El tercer duelo de quién?

CHEBUTIKIN- De Solióni.

MASHA- ¿Y el barón?

CHEBUTIKIN- Y el barón, ¿qué? (*Pausa*)

MASHA- Todo se me confunde en la cabeza...De todos modos, yo digo que no se debe permitir. Puede herir al barón o incluso matarle.

CHEBUTIKIN- El barón es una buena persona, pero ¿no da lo mismo un barón más o menos? ¡Déjenles! ¡Da lo mismo! (*Se oye gritar al otro lado del jardín: "¡Aú! ¡Hop-hop!"*) Esperarás. Es Skvortsov quien grita, uno de los padrinos. Espera en una barca. (*Pausa*)

ANDRÉI- A mi juicio, tanto participar en un duelo como asistir a él, aunque sea en calidad de médico, es sencillamente inmoral.

CHEBUTIKIN- Sólo lo parece...Nosotros no existimos, no existe nada en este mundo; no existimos, sólo parece que existimos...¿No da lo mismo?

MASHA- Todo el día se lo pasan hablando, hablando...(*Da unos pasos*) Vivimos en un clima donde cuando menos lo esperamos puede caer la nieve, y aún hay que aguantar esas conversaciones...(*Se detiene*) No entraré en esta casa, no puedo...Cuando venga Vershinin, díganmelo...(*Camina por el paseo*) Ya vuelan las aves de paso, ya vuelan...(*Mira hacia*

el cielo) Son cisnes o gansos... Queridos pájaros mío, felices pájaros... (*Sale*)

ANDRÉI- Nuestra casa quedará desierta. Se van los oficiales, se va usted, mi hermana se casa y yo me quedaré solo aquí.

CHEBUTIKIN- ¿Y su mujer?

FERAPONT entra con unos papeles.

ANDRÉI- La mujer es la mujer. Es honesta, seria, buena, pero al mismo tiempo hay en ella algo que la rebaja a la condición de animal mezquino, ciego, huraño. En todo caso, no es un ser humano. Le hablo a usted como a un amigo, como la única persona a la que puedo abrir el alma. Yo amo a Natasha, es verdad; pero a veces ella me parece extraordinariamente vulgar, y entonces me siento desconcertado, no comprendo por qué la amo tanto o, por lo menos, la he amado...

CHEBUTIKIN (*Se levanta*)- Yo, hermano, mañana me voy; quizá no volvamos a vernos nunca más; escucha, pues, mi consejo. Mira, ponte el gorro, toma el bastón y márchate... Márchate y camina, camina sin volver la cabeza. Cuanto más lejos te vayas, mejor.

SOLIÓNI pasa por el fondo de la escena con DOS OFICIALES; al ver a Chebutikin, se le acerca; los oficiales prosiguen su camino.

SOLIÓNI- ¡Doctor, ya es hora! Son ya las doce y media. *(Saluda a Andréi.)*

CHEBUTIKIN- Ahora mismo. Me tienen harto ya todos ustedes. *(A Andréi.)* Si alguien pregunta por mí, Andriusha, dirás que en seguida vuelvo... *(Suspira.)* ¡Ay, ay, ay!

SOLIÓNI- “Sin darle tiempo a soltar un grito, le tuvo el oso abatido.” *(Camina al lado de Chebutikin.)*

¿De qué se está usted quejando, viejo?

CHEBUTIKIN- ¡Bah!

SOLIÓNI- ¿Qué tal la salud?

CHEBUTIKIN *(irritado)*- Como una guitarra des-templada.

SOLIÓNI- Viejo, te intranquilizas en vano. Me contentaré con poca cosa: le pegaré un tiro como si disparara contra una perdiz. *(Saca un frasco y se perfuma las manos.)* Hoy me he echado a las manos un frasco entero de perfume y aún huelen. Me huelen a cadáver. *(Pausa.)* Ya...¿Recuerda esos versos? “Y él,

rebelde, busca la tempestad, como si en las tempestades se encontrara la paz”⁷...

CHEBUTIKIN- Sí. “Sin darle tiempo a soltar un grito, le tuvo un oso abatido” (*Se va con Solióni.*)

Se oyen gritos: “¡Hop!¡Aú!”; ANDRÉI y FERAPONT entran.

FERAPONT- Hay que firmar estos papeles.

ANDRÉI (*nerviosamente*)- ¡Déjame en paz! ¡Déjame! ¡Te lo suplico! (*Se va empujando el cochecito*)

FERAPONT- Los papeles son para esto, para que los firmen. (*Se va hacia el fondo de la escena*)

Entran IRINA y TUSENBACH, que lleva un sombrero de paja; KULIGUIN cruza la escena gritando: “¡Aú, Masha, aú!”

TUSENBACH- Según me parece, ésta es la única persona de la ciudad que se alegra de que los militares se marchen.

IRINA- Es comprensible (*Pausa.*) Nuestra ciudad quedará desierta ahora.

TUSENBACH- Querida, en seguida vuelvo.

⁷ De la poesía *La vela*, de Lermontov.

IRINA- ¿A dónde vas?

TUSENBACH- Tengo que ir a la ciudad, y luego... a despedir a unos camaradas.

IRINA- No es verdad... Nikolái, ¿por qué estás tan distraído hoy? *(Pausa.)* ¿Qué ocurrió ayer junto al teatro?

TUSENBACH *(Con un movimiento de impaciencia)*- Dentro de una hora volveré y estaré otra vez contigo. *(Le besa la mano.)* Tesoro mío... *(Mirándola fijamente a la cara.)* Hace ya cinco años que te amo y aún lo creo un sueño; cada día me pareces más hermosa. ¡Qué cabellos más maravillosos, admirables! ¡Qué ojos! Mañana te llevaré de aquí, trabajaremos, seremos ricos, mis sueños cobrarán vida. Serás feliz. Sólo que, verás, verás: ¡tú no me amas!

IRINA- ¡Esto no depende de mi voluntad! Seré tu mujer, te seré fiel, sumisa; pero no hay amor, qué puedo hacer. *(Llora.)* No he amado nunca en mi vida. Oh, he soñado tanto con el amor, hace mucho tiempo que sueño con él, día y noche, pero mi alma es como un piano de mucho valor que está cerrado y cuya llave se ha perdido. *(Pausa.)* Tienes la mirada intranquila.

TUSENBACH- No he dormido en toda la noche. Nada hay en mi vida tan terrible que pueda asus-

tarme y únicamente esa llave perdida me desgarrar el alma y me impide dormir. Dime algo. *(Pausa.)* Dime alguna cosa...

IRINA- ¿Qué? ¿Qué he de decir? ¿Qué?

TUSENBACH- Alguna cosa.

IRINA- ¡Basta! ¡Basta! *(Pausa.)*

TUSENBACH- Qué niñerías, que pequeñeces, de pronto, sin más ni más, a veces, adquieren significado. Sigues riéndote de ellas, como antes, las consideras pequeñeces, sin embargo te sientes lanzado y te das cuenta de que no tienes fuerzas para detenerte. ¡Oh, no hablemos de eso! Estoy alegre. Parece como si por primera vez en la vida viera estos abetos, estos arces, estos abedules, y todo me mira con curiosidad y espera. ¡Qué bellos son estos árboles y qué hermosa debería de ser, en esencia, la vida a su lado! *(Se oye gritar: "¡Aú! ¡Hop-hop!")* Tengo que irme, ya es hora... Mira, ese árbol se ha secado; sin embargo, cuando hace viento se balancea, como los otros. Del mismo modo me parece que si muero, de una manera u otra, seguiré participando de la vida. Adiós, querida mía... *(Le besa las manos.)* Tus papeles, esos que me has dado, los tengo en la mesa, debajo del calendario.

IRINA- Iré contigo.

TUSENBACH (*alarmado*)- ¡No, no! (*Se aleja rápidamente; en la avenida, se detiene.*) ¡Irina!

IRINA- ¿Qué?

TUSENBACH (*sin saber qué decir*)- Hoy no he tomado café. Di que me lo preparen... (*Se va rápidamente.*)

Irina se queda pensativa; luego se va hacia el fondo de la escena y se sienta en una mecedora. Entra ANDRÉI con el cochecito, aparece FERAPONT.

FERAPONT- Andréi Sergueich, estos papeles no son míos, son oficiales. Yo no los he inventado.

ANDRÉI- ¡Oh, dónde está mi pasado, dónde se ha perdido! Yo era joven, alegre, ingenioso, soñaba y pensaba con elegancia, el presente y el futuro me brillaban con el resplendor de la esperanza. ¿Por qué, apenas empezamos a vivir, nos volvemos aburridos, grises, vulgares, perezosos, indiferentes, inútiles, desdichados?... Nuestra ciudad existe desde hace doscientos años, viven en ella cien mil habitantes, y no hay uno solo que no sea parecido a los otros; no ha habido, ni en el presente ni en el pasado, un héroe, un hombre de ciencia, un artista, un hombre destacado, que despertara la envidia o el deseo ferviente de imitarle... Sólo comen, beben,

duermen, luego se mueren... nacen otros y también comen, beben, duermen; para no entontecer de aburrimiento, procuran dar variedad a la vida con la repugnante maledicencia, el vodka, las cartas, los litigios; las mujeres engañan a los maridos y los maridos mienten, simulando que no ven nada, que no oyen nada; una putrefacta influencia oprime a los niños, se extingue en ellos la chispa divina y los jóvenes se convierten en cadáveres tan lamentables, tan parecidos unos a otros, como sus padres... (*A Ferapont, irritado.*) ¿Qué quieres?

FERAPONT- ¿Qué? Hay que firmar estos papeles.

ANDRÉI- Me tienes harto.

FERAPONT (*tendiéndole los papeles*)- El portero de la Contaduría General explicaba hace poco... explicaba que, según dicen, este invierno el frío ha llegado en Petersburgo a doscientos grados.

ANDRÉI- El presente es repugnante; sin embargo, cuando pienso en el futuro, ¡qué agradable! Experimento una sensación de alivio, de holgura; a lo lejos veo brillar una lucecita, veo la libertad, veo que mis hijos y yo mismo nos liberamos de la inacción, de la cerveza casera, del ganso con coles, de la siestecita después del almuerzo, del parasitismo vil...

FERAPONT- Parece ser que dos mil personas han muerto de frío. La gente, dice, estaba aterrorizada. No sé si era en Petersburgo o en Moscú, no lo recuerdo.

ANDRÉI (*embargado por un sentimiento de ternura*)-
¡Queridas hermanas mías, admirables hermanas!
(*Entre lágrimas.*) Masha, hermana mía...

NATASHA (*a la ventana*)- ¿Quién está hablando ahí tan alto? ¿Eres tú, Andriusha? Despertarás a Sófochka. *Il ne faut pas faire du bruit, la Sophie est dormée déjà. Vous etes un ours.* (*Irritándose.*) Si tienes ganas de hablar, pasa el cochecito con la niña a alguien. ¡Ferapont, toma el cochecito al señor!

FERAPONT- Está bien. (*Toma el cochecito.*)

ANDRÉI (*confuso*)- Hablo en voz baja.

NATASHA (*detrás de la ventana haciendo mimos a su hijo*)- ¡Bóbik; ¡Ah, Bóbik travieso! ¡Ah, malo!

ANDRÉI (*echando un vistazo a los papeles*)- Está bien, lo miraré y firmaré lo que haga falta; después los llevarás otra vez a la oficina... (*Entra en la casa leyendo los papeles; Ferapont lleva el cochecito al fondo del jardín.*)

NATASHA (*detrás de la ventana*)- Bóbik, ¿cómo se llama tu mamá? ¡Querido mío, querido! ¿Y aquélla, quién es? Es la tía Olia. Dile a la tía: ¡Buenos días, Olia!

Dos músicos ambulantes, un hombre y una muchacha, tocan el violín y el arpa; de la casa salen
VERSHININ, OLGA y ANFISA y permanecen
unos momentos escuchando, en silencio; se acerca
IRINA.

OLGA- Nuestro jardín es como un patio abierto, y por él pasan hombres y carros. ¡Aya, da alguna cosa a estos músicos!

ANFISA (*da unas monedas a los músicos*)- Id con Dios, buena gente. (*Los músicos hacen una reverencia y se van.*)
¡Pobres! No es la hartura lo que les hace tocar. (*A Irina.*) ¡Buenos días, Irisha! (*La besa.*) Ah, hija mía, ¡qué bien vivo! ¡Qué bien vivo! Dios ha querido que en mi vejez viva en el gimnasio, en un piso del Estado, con Oliushka. Yo, pecadora, nunca había vivido así. El piso es grande, del Estado, y tengo una habitación entera y una camita para mí sola. Todo del Estado. Por la noche me despierto y, ¡oh, Señor, Madre Santa de Dios!, ¡no hay nadie más feliz que yo en este mundo!

VERSHININ (*mirando el reloj*)- En seguida partimos, Olga Serguéievna. He de irme. (*Pausa.*) Le deseo que

vea cumplidos todos sus deseos, todos... ¿Dónde está María Serguéievna?

OLGA- Por el jardín. Voy a buscarla.

VERSHININ- Sea buena. Tengo prisa.

ANFISA- Yo también voy a buscarla. (*Grita.*) ¡Máshenka, aú! (*Sale con Irina por el fondo del jardín.*) ¡Aú, aú!

VERSHININ- Todo tiene su fin. También nosotros nos separamos. (*Mira el reloj.*) La ciudad nos ha ofrecido una recepción, hemos bebido champaña, el alcalde ha pronunciado un discurso, yo comía y escuchaba, pero tenía el alma aquí, entre ustedes... (*Pasando la mirada por el jardín.*) Me he acostumbrado a su compañía.

OLGA- ¿Nos veremos aún alguna otra vez?

VERSHININ- Probablemente no. (*Pausa.*) Mi mujer y mis dos hijas se quedarán aquí todavía unos los meses; por favor, si ocurre algo o si necesitan alguna cosa...

OLGA- Sí, sí, naturalmente. Váyase tranquilo. (*Pausa.*) Mañana en la ciudad no habrá ni un solo militar, todo no será más que un recuerdo y, claro está, para nosotras empezará una nueva vida... (*Pausa.*) Todo sale al revés de lo que nosotros deseamos. Yo no

quería ser directora y al fin me he convertido en directora. A Moscú, pues, no iré...

VERSHININ- Bueno... Muchas gracias por todo. Perdóneme si alguna vez no he sido oportuno... He hablado mucho, demasiado; perdóneme también por esto, no guarden de mi un mal recuerdo.

OLGA (*se seca los ojos*)- Por qué no viene aún Masha...

VERSHININ- ¿Qué más puedo decirle como despedida? ¿Sobre qué filosofar por última vez?... (*Se ríe.*) La vida es dura. A muchos de nosotros nos parece sórdida y sin esperanza; de todos modos, hemos de reconocer que cada vez se hace más clara y más llevadera; por lo visto, no está lejos el día en que será totalmente luminosa. (*Mira el reloj.*) ¡He de irme, he de irme! Antes, la humanidad estaba ocupada en guerras, llenaba toda su existencia con expediciones, incursiones, victorias; ahora todo esto ha pasado a la historia dejando tras sí un enorme vacío sin que, de momento, haya nada con qué llenarlo; la humanidad busca apasionadamente y, desde luego, encontrará lo que busca. ¡Ojalá lo encuentre pronto, cuanto antes! (*Pausa.*) ¿Sabe usted? Si al amor al trabajo se añadiera la instrucción y

a ésta el amor al trabajo. (*Mira el reloj.*) Pero he de irme...

OLGA- Mire, ahí viene.

Entra MASHA.

VERSHININ- He venido a despedirme...

Olga se aparta un poco hacia un lado para no entorpecer la despedida.

MASHA (*mirándole a la cara*)- Adiós... (*Largo beso.*)

OLGA- Basta, basta...

Masha solloza fuertemente.

VERSHININ- Escribeme... ¡No me olvides! Déjame...he de irme...Olga Serguéievna, cójala...he de irme...llego tarde...(*Emocionado besa la mano de Olga, luego abraza una vez más a Masha y se va rápidamente*)

OLGA- ¡Basta, Masha! Deja de llorar, querida...

Entra KULIGUIN.

KULIGUIN (*confuso*)- No importa, que llore un poco, que llore. Mi buena Masha, mi querida Masha... Eres mi mujer y yo soy feliz, haya ocurrido lo que haya ocurrido... No me lamento, no te hago ni un sólo reproche... mira, Olga también es testigo... Otra vez empezaremos a vivir como antes, y no te diré ni una palabra, no te haré la menor alusión...

MASHA (*conteniendo el llanto*)- Al borde de la ensenada, una encina verde; sobre la encina, una cadena de oro... sobre la encina una cadena de oro... Me vuelvo loca... Al borde de la ensenada. . . una encina verde...

OLGA- Tranquilízate, Masha. Tranquilízate... Dale agua.

MASHA- Ya no lloro...

KULIGUIN- Ya no llora... es buena...

Se oye un sordo disparo a lo lejos.

MASHA- Al borde de la ensenada, una encina verde; sobre la encina, una cadena de oro... Un gato verde... una encina verde... Me confundo... (*Bebe agua.*) Vida fracasada... Ahora no necesito nada. . . En seguida me tranquilizaré... Da lo mismo... ¿Qué significa al borde de la ensenada? ¿Por qué se me

han metido estas palabras en la cabeza? Se me confunden los pensamientos...

Entra IRINA.

OLGA- Tranquilízate, Masha. Así, eres juiciosa... Vamos a la habitación.

MASHA (*irritada*)- Allí no voy. (*Solloza pero en seguida se contiene.*) En esta casa no entro ni entraré...

IRINA- Sentémonos un poco juntas, aunque sea calladas, mañana yo me voy... (*Pausa.*)

KULIGUIN- Ayer quité este bigote y esta barba a un muchacho de la tercera clase... (*Se pone el bigote y la barba.*) Me parezco al maestro de alemán... (*Se ríe.*) ¿No es cierto? Qué divertidos son esos muchachos.

MASHA- La verdad es que te pareces a vuestro alemán.

OLGA (*se ríe*)- Sí.

Masha llora.

IRINA- ¡Basta, Masha!

KULIGUIN- Me parezco mucho a él.

Entra NATASHA.

NATASHA (*a la doncella*)- ¿Qué? Con Sófochka se quedará Protopópov, Mijail Ivánich, y a Bóbik, que lo pasee en el cochecito Andréi Sergueich. Cuántas preocupaciones dan esos críos... (*A Irina.*) Irina, mañana te vas, qué pena. Quédate aunque sólo sea una semanita. (*Al ver a Kuliguin, lanza un grito; Kuliguin se ríe y se quita el bigote y barba.*) ¡Parece mentira, me ha asustado! (*A Irina.*) Ya me he acostumbrado a estar contigo, ¿crees que me va a ser fácil separarme de tí? A Andréi le mandaré pasar con su violín a tu habitación, ¡que rasque allí cuanto quiera!, y en su habitación pondremos a Sófochka. ¡Es una criatura divina, maravillosa! ¡Qué niña! Hoy me ha mirado con los ojos así y me ha dicho: “¡mamá!”

KULIGUIN- Es una criatura magnífica, cierto.

NATASHA- Así pues, mañana ya me quedaré sola aquí. (*Suspira.*) Lo primero que haré será mandar que corten este paseo de abetos, luego, este arce. Por la noche es tan feo... (*A Irina.*) Querida, este cinturón no te está bien. . . Es de muy mal gusto. Hace falta algo más claro. Y aquí mandaré plantar en todas partes florecitas, florecitas, darán un perfume... (*Severa.*) ¿Qué hace este tenedor tirado en el

banco? (*Entrando en la casa, a la doncella.*) ¿Por qué hay un tenedor tirado en el banco, pregunto yo? (*Grita.*) ¡A callar!

KULIGUIN- ¡Se ha enfurecido!

Tras la escena, una banda toca una marcha militar;
todos se quedan escuchando.

OLGA- Se marchan.

Entra CHEBUTIKIN.

MASHA- Los nuestros se marchan. Qué le vamos a hacer... ¡Qué tengan buen viaje! (*A su marido.*) Hay que ir a casa... ¿Dónde tengo el sombrero y la toquilla?

KULIGUIN- Los he llevado dentro... Ahora mismo te los traigo.

OLGA- Sí, ahora cada uno puede ir a su casa. Ya es hora.

CHEBUTIKIN- ¡Olga Serguéievna!

OLGA- ¿Qué? (*Pausa.*) ¿Qué?

CHEBUTIKIN- Nada... No sé cómo decírselo... (*Le dice unas palabras al oído.*)

OLGA (*asustada.*)- ¡No puede ser!

CHEBUTIKIN- Sí... esto es lo que ha ocurrido. Estoy fatigado, rendido, no quiero hablar más... (*Con rabia.*) De todos modos, ¡da lo mismo!

MASHA- ¿Qué ha ocurrido?

OLGA (*abrazo a Irina*)- Hoy es un día terrible... No se cómo decírtelo, hermana mía...

IRINA- ¿Qué? Decidlo, pronto: ¿qué? ¡Por amor de Dios! (*Llora.*)

CHEBUTIKIN- Acaban de matar al barón en duelo.

IRINA (*llora silenciosamente*)- Lo sabía, lo sabía...

CHEBUTIKIN (*se sienta en un banco, al fondo de la escena*)- Estoy rendido... (*Saca un periódico del bolsillo.*)

Que lloren un poco... (*Canta a media voz.*)

Ta-ra-rá-bum-bón... sentado estoy en un mojón...

¿No da lo mismo?

Las tres hermanas están de pie, abrazadas.

MASHA- ¡Oh, cómo toca la música! Se van de nuestro lado, uno se ha ido del todo, del todo, para siempre; nosotras nos quedamos solas para comenzar de nuevo nuestra vida. Hay que vivir... Hay que vivir...

IRINA (*apoya la cabeza en el pecho de Olga*)- Día vendrá en el que todos sabrán el por qué de todo esto, el por qué de todos estos sufrimientos; entonces no habrá misterios de ninguna clase, pero mientras tanto, hay que vivir...hay que trabajar, ¡sólo trabajar! Mañana partiré sola, enseñaré en mi escuela y consagraré mi vida entera a quienes quizá sea necesaria. Ahora estamos en otoño, pronto llegará el invierno, la nieve lo cubrirá todo y yo trabajaré, trabajaré...

OLGA (*abraza a las dos hermanas*)- La música que toca es tan alegre, tan animosa, ¡se sienten deseos de vivir! ¡Oh, Dios mío! Pasará el tiempo y nos iremos para siempre. Se olvidarán de nosotras, olvidarán nuestros rostros, nuestras voces y cuántas éramos; pero nuestras penas se transformaran en alegrías para los que vivan después que nosotras, la felicidad y la paz reinarán en la tierra; los hombres encontrarán una palabra amistosa para los que vivimos ahora y nos bendecirán. Oh, mis queridas hermanas, nuestra vida aún no ha terminado. ¡Viviremos! ¡Esa música es tan alegre, tan gozosa! Un poco más, y sabremos para qué vivimos, para qué sufrimos...¡Si pudiéramos saberlo, si pudiéramos saberlo!

La música se va haciendo cada vez más débil; Kuli-
guin alegre, sonriente, trae el sombrero y la toquilla.

Andréi empuja el cochecito en el que está sentado
Bóbik.

CHEBUTIKIN (*canturreando*)- Ta-ra-rá...bum-
bón...sentado estoy en un mojón...(*Lee un periódico*)

¡Da lo mismo! ¡Da lo mismo!

OLGA- ¡Si pudiéramos, si pudiéramos saberlo!

Telón.